

PREGÓN
OFICIAL DE LA
SEMANA SANTA
DE ANTEQUERA 2022

Por D. Manuel García de la Vega

Pronunciado en
SANTA MARÍA LA MAYOR
en el día del Señor del
SÁBADO 2 DE ABRIL









PREGÓN
OFICIAL DE LA
SEMANA SANTA
DE ANTEQUERA 2022

Pronunciado en
SANTA MARÍA LA MAYOR
en el día del Señor del
SÁBADO 2 DE ABRIL
DE 2022







Prólogo del pregonero.

Queridos lectores, de este pregón del año 2022. Han sido unos años muy duros, para todos. A pocos días, del pregón previsto para el año 2020, por una durísima pandemia ocasionada por un virus, SARS COVID 19, se decreta estado de alarma y confinamiento total de toda la población de España. Vivimos estampas insólitas, pasamos aquella Semana Santa, en casa. Solo a través de las redes sociales y los medios de comunicación pudimos salir más allá de nuestras casas, no por ello sin miedo ni temor. Veíamos como iban sumando cada día cientos, miles de muertos por esta enfermedad que fulminantemente entró en nuestras vidas. Tan así que nos arrancó todo, las caricias, los abrazos, hasta las sonrisas tapamos tras de una mascarilla. Poco a poco, la letalidad y virulencia de aquel virus fue muy poco a poco dando margen y oportunidad a una nueva manera de ver la vida de todos nosotros, pero aún así fuimos con mucha cautela. En la siguiente Semana Santa, la del 2021, se celebró, pero sin procesiones, y guardando estrictas medidas sanitarias. Fue algo mejor que la anterior, pero aún no éramos nosotros. Y por fin, llegó este 2022. Ahora sí, aun con el miedo en el cuerpo, con el respeto y distancia a esta enfermedad que paró el mundo, nos volvemos a enfundar el capud, el capirote, la mantilla, la túnica, o la dalmática, y volvemos a pisar la acera, con aroma a incienso, tan esperado y con el sonido de una corneta o un tambor marcando el soniquete de una procesión.

Hubo una junta de gobierno en el 2020 que tuvo la bendita idea de nombrarme pregonero, a lo que con el miedo aún en las piernas le agradecí sinceramente. Así como a la actual junta, que por dos años consecutivos esperó este pregón, siempre estaré agradecido, con su Presidenta, Trinidad Calvo a la cabeza, siempre cercana y cariñosa.

Para este humilde pregonero, que ni por asomo se ha visto a la altura de las expectativas depositadas en él, solo le queda darte las gracias, por todo, por tu cariño, por tu cercanía y por tu comprensión. Nunca olvides, que tú, el que tiene este pregón en sus manos, eres la única motivación de este loco pregonero, que tan solo quiere, aunque sabe que no podrá, devolver tanto que Antequera le ha dado siendo el pregonero de la pandemia, 2020, 2021 y ahora si, 2022.

Manuel García de la Vega





Con la venia. Como dice la canción: “Os lanzaré un ramo de besos que hice con mi corazón”.

NO HAY PRINCIPIO NI FINAL

NO HAY ORDEN NADA ES IGUAL

TODO SE ROMPE, TODO FLUYE, NADA SIGUE

TU LO EMPIEZAS TU LO ACABAS

NO HAY HOY NO HAY MAÑANA

NO HAY ORDEN SOLO VIDA

TU VIDA, LA VIDA.





I.- Introducción

Y la vida venció a la muerte, con la fe curé las heridas, de lo que pudo ser y no fue, de lo que fue y no pudo ser..., y la vida venció a la muerte, y aquí me encuentro yo.... con este corazón, el corazón que no se quiso parar, que sabía que aún le quedaba una gesta por luchar, la batalla interna del ahora, saber que en realidad el mañana no podía esperar, que aquí postrado de rodillas me enfrento al mayor honor que se puede soñar, con la humildad de saberse incapaz de estar a la altura de anteriores pregones, pero con la tranquilidad de que después de lo hecho, y de lo que hemos vivido, haberlo dado todo.

Desde lo más profundo del alma, este pregonero se vacía y se entrega a las entrañas de sus intimidades, para arrancar aromas y colores, sabiendo que la batalla interna debe aflorar y que la caridad vencerá, que ganará el amor frente a la eterna encrucijada de la vida, con este corazón que lanza la sangre al resto del cuerpo.

Esta sangre, que corre por mis venas y las vuestras. Esa sangre que tiene muchos colores; verde, morado, negro, es sangre servita, estudiantil, legionaria, Pollinica, trinitaria, "colorá" o carmelita, de arriba o abajo, sangre que corre por tus venas.

Por una tierra llena de luces y matices, de esquinas llenas de amor, de barrocos rincones y callejuelas enlazadas con abrazos de tu tierra; lugares de encuentro que los foráneos admiran, y que esconden historias desde lo antiguo, uniendo la tradición de ayer con la vida de hoy, respetando el paso implacable del tiempo, y cerrando la puerta al olvido; recordando en cada luz de dónde venimos y por qué somos, nada más, pero nada menos, que antequeranos.

Y eso de antequerenear con tanto orgullo, se debe a tener el privilegio de nacer donde el mollete se funde en el horno de los Dólmenes, donde caracolean los retablos frente a la majestuosidad caliza del Torcal, enfrentando cada paisaje contra una espadaña, en una fértil vega de la que se arranca el Efebo, o buscando el mayor tesoro escondido en cada sagrario, de la treintena que te aguardan, uniendo el futuro, a nuestra fe, desde los niños que van de la mano de sus abuelos, es la ciudad donde encontrar el lugar soñado para vivir.

Aquí, quienes nos visitan, se marchan con la sonrisa en dibujada en sus labios, este es el sitio donde la primavera se rompe en una explosión de colores; desde el ocre barroco, al verde de la vega, o al gris vivo de la Peña enamorada, pulular de mariposas azules que viven entre aromas del blanco azahar, o al morado cofrade roto de tanto rezar, al negro brocado, tiniebla de vela, rojo mecido o dorado del rey vencedor, explosión de colores, que ni los de aquí saben coincidir.

Todos los prismas se unen y laten, laten por un sentir universal de sentimientos antequeranos, que llevan por sus venas un callejear de esencia de amor por una tierra que nos abraza como los brazos de una madre, y es que, Manuel y Miguel, esta es tu sangre, nuestra sangre, y este corazón que late por amor, a NUESTRA TIERRA, NUESTRA FE, NUESTRA CULTURA, NOSOTROS, CARIÑO, PORQUE NOSOTROS SOMOS, NI MAS NI MENOS QUE ANTEQUERANOS. Y por Antequera, por los que fueron, por los que sois y por los que serán, va este pregón....





II.- EL TREN, EL ARBOL Y DIMITRI VUELVE A CASA.

Vagón ferroviario.

Asientos medio vacíos.

Voy mirando por la ventanilla, absorto viendo como corren los árboles a través de ellas, como el paisaje se va, siguiendo paso a paso su caminar.

Me llama la atención el característico pasaje que compartimos este vagón. De entre los que veo a un joven, que andaba muy nervioso, muy ansioso, miraba su reloj, miraba volvía a mirar por la ventanilla, se retorció en su asiento, miraba sin querer mirar por su ventana.

Él levantó mi curiosidad, ¿qué le pasaría?

Y yo, que ya me conocéis, no me puedo aguantar, me acerqué y le pregunté:

- *¿Qué te pasa? Que te veo muy nervioso.*
- *Él me dijo:*

• Hola, pues, que cometí un error, un grave error. Un error que avergonzó a mi familia y me llevo a la cárcel, donde he tenido tres largos años para pensar. Y en estos años, lo que más he sufrido es en la gran vergüenza que le he hecho pasar a mi familia. Y ahora que he salido de prisión, no sé, si volver a la casa de mi familia, o tirar de mi vida fuera de ellos, por la gran vergüenza que les ocasioné.

Les mandé una carta, -me dijo-, en la que les decía, que hoy tomaría este tren, dirección a mi ciudad. No quería ponerlos en la tesitura de tener que cargar con mi humillación, y que yo comprendería perfectamente que no me quisieran ver allí, y que, si no me querían con ellos, me iría para siempre a otro lugar, evitándoles más ser una carga para ellos.

Y estoy tan nervioso, porque justo en la última curva antes de llegar a la estación de trenes, hay un árbol donde jugábamos de niños. Entonces les dije en mi carta, que, si querían que volviera a casa, atasen una cinta blanca en la rama de ese árbol, y así cuando viera el árbol, si tenía la cinta blanca, me bajaría en la estación, y en cambio si el árbol estaba vacío, seguiría de largo, no me

bajaría y no les molestaría jamás, así no tendrían que darme ninguna explicación.

• Le pregunté, ¿y tu como te sientes, por lo que me dices creo que no te has perdonado tu?

• No, no me perdono por lo que hice. Lo peor que llevo es haber defraudado a mi familia. Ellos nunca se esperaron mi comportamiento, lo dieron todo por mí y yo les fallé, por eso no tengo esperanza de que quieran volver a verme.

Entonces aquel chico me dijo:

• Ya que conoces mi historia, y como no me atrevo a mirar por la ventanilla, por favor, se está acercando la curva donde está el árbol y soy incapaz de mirar, no sé cómo afrontar su decisión.

• Por favor, hazlo tú, mira a ver si en el árbol hay un lazo blanco colgado, que yo soy incapaz.

Entonces, comencé a mirar por la ventanilla, viendo como el muchacho cada vez, se ponía más nervioso.

Cuando justo al terminar la última curva, vi aquel árbol, que era el único árbol que había antes de la estación, le dije:

- *Veo el árbol.*
- *¿Tiene una cinta blanca colgada? Me dijo.*
- *Míralo tú mismo...*

¡El árbol estaba completamente lleno de cintas blancas!

Su familia, lo esperaba con los brazos abiertos.

La emoción que sentíamos era irrefrenable, no solo lo perdonaban, sino que lo recibían con alegría, y los esperaban con los brazos abiertos.

Él se abrazó a mí, y me invitó a ir con él a su casa, yo no lo dudé y lo acompañé quería ver aquel tan emocionante reencuentro.

Al llegar a su casa, la inmensa alegría se tornó con una ruda bofetada, se nos rompió el alma, nos encontramos de bruces con la muerte...

La muerte había llamado a su casa, y él acababa de enterarse.



Salió fuera de su casa donde yo le esperaba, y con los ojos llorosos me dijo, ven acompáñame que hay un lugar en Antequera donde respirar y buscar la fe en momentos como éste, que lo que más necesito ahora es que vayamos al encuentro con Él.

Entonces, junto al chico, nos fuimos a un lugar de Antequera, donde cobijarnos ante el crudo chaparrón de ver y mirar la muerte a la cara. Y allí nos fuimos.

¿Isaac, Patricia, ¿nos acompañáis en este camino?

III.- EL CHICO SE DA DE BRUCES CON LA MUERTE.

La muerte no es el final. Más bien la muerte va a ser el principio, hay que morir para poder resucitar, sin ella, sin la muerte, todo sería en vano.

Quiero dotar de locura este pregón junto a nuestro amigo, enfundándome ahora en el hábito negro; en el luto del carmelitano barrio barroco, donde la oscuridad, el silencio, la oración y el tinguar del muñidor, te llevan a la paz y al sosiego de la cruda realidad. Esa realidad a la que nos lleva la muerte y que nos lanza a la cara que somos finitos, que somos de carne y hueso, que somos caducos.

Querido amigo, quiero mirar los ojos del muñidor, que, con su tintineo siniestro y lóbrego, advierte del paso del difunto. Te imaginas. ¿Quién iba a morir, Dios mío, quien era el que se iría? En ese momento me miro mis manos y me digo:

“yo con estas manos lo he hecho, lo he dejado morir. Vilmente, junto a la muchedumbre, como si estar en esa manada putrefacta del pecado, me dejara llevar en una falsa justificación. Viéndome escondido entre el gentío, obviando que ahora estamos solos, cara a cara, sin que nada ni nadie, me zarandeara para tomar conciencia de lo que estaba haciendo con estas manos, capaces de lo mejor y de lo peor.”

Roto por el impacto de verme solo cara

a cara frente al Padre, el chico de deja solo un instante con Él, con el Padre ya muerto y casi susurrándole le digo...

No sé si me puedes oír, se te ve tan inerte. Tienes la cara girada a la derecha, los brazos rotos por la cruz, y las rodillas rígidas, será ese el rigor mortis. Estás en esta santa sepultura, barroco carmelita, custodiado día a día.

Son tantos los ángeles que te rondan en este sepulcro, ángeles sacristanes y porteras que nunca te dejan, tantos ángeles cofrades que, como el más solemne entierro, como hizo el de Arimatea, te llevan por Antequera, bajo el rudo soniquete del muñidor, lleno de silencio, pena, llanto y, sobre todo, lleno de soledad.

Tu paso por mi tierra es solemne, es serio, es oración, es fe, es oscuridad, es silencio. Tu paso fúnebre está lleno de oscuridad y de absoluto respeto. Te has ido, nos has dejado sin referente, nos dejas vacíos, solos. Soledad.

Quiero decirte tantas cosas, quiero decirte que yo también te he negado, que también te vendí como Judas, y que hui como los demás. Y ahora te veo ahí inerte, quieto, yacente, y justo cuando te estoy amortajando, me saltan tantas dudas.

Padre Yacente, que solemne es tu camino en Antequera. Es ausencia, no solo de luz, que quizá es lo que menos me llama la atención. Es el sepulcral silencio que te ronda el que, sin duda, da la más respetuosa oscuridad de tu pueblo. Ahí cada sonido cuenta, el arrastrar de los pies de los penitentes, la oclusión de las horquillas al golpear el asfalto, el crujir de las andas, el riguroso luto de tus cofrades, el rezo constante tras tu cuerpo, la mirada seria de tu pueblo, los brazos caídos y las rodillas dobladas a tu paso.

Quien dude de la rigurosa verdad que hay tras de Ti, Padre amado, realmente no conocerá ni la muerte ni tampoco luego el gozo de tu Resurrección.



Vente, corre, amigo, que me brota esta oración:

Se cierra la urna, con Él la fe
sellada con barroco sello
el Cristo ya muerto, el Cristo yacente.
Amor ahogado del Nazareno
rígido de muerte consumada,
amortajado en lúgubre sepulcro,
que no por más bello imposible
más duro no sea al que le llora.

Cristo Yacente, Padre ido, Jesús muerto

Cuerpo inerte, Maestro matado.
El Barrio se rompe en silencio oscuro
al paso del Dios hombre ahora muerto.
Cristo Yacente, de amor ahogado.

En tus brazos, el dolor, entrego.
Y el llanto ahogo, a la dureza de la muerte.

Cristo Yacente, Cristo muerto.

En ti vivo y en ti muero.

IV. ¿QUIÉN ERES NAZARENO DE LA SANGRE?

- *Dimitri...*
- *¿Cómo?*
- *Si, que me llamo Dimitri, que, con todo el ajetreo, se me olvidó presentarme. Entre los nervios del tren, y el panorama que me he encontrado en mi casa, se me olvidó, lo siento.*
- *Vaya, encantado, Dimitri. Dimitri no es un nombre muy antequerano. ¿no?*
- *Ya te contaré de donde viene este nombre, es una larga historia. Pero antes de contártela, déjame que te lleve a conocer los rincones más bellos de mi tierra.*

Acompañadme, vayamos a descubrir lugares, que en momentos este, sirven para llenar los corazones...

Entonces bajamos por las calles hasta llegar a un lugar que hay en el centro de la

ciudad, junto al mercado de abastos, entre el bullir de gentes que van y vienen.

Donde cruzan caminos los del San Pedro con los de Santiago, un lugar donde fuera se oye confusos los sonidos de quienes van a llenar las despensas, con los que ociosos miran el fluir de gentes, allá donde el ruido se mezcla con los colores y olores de un mercado, donde encontrar silencio es todo un reto. Sin duda se trata de la Iglesia de San Zoilo.

Monacal lugar, donde, traspasas el umbral de su restaurada puerta, y parece que te internas en el fondo de un canto gregoriano. Donde aún se percibe aquella presencia monástica de frailes con rosarios colgados a la cintura, deambulando con sus breviarios en las manos, cada uno absorto en su propio mundo interior de oración.

Aun debes agacharte más para poder adentrarte en el corazón de esa iglesia, que no es como las demás. La pequeña puerta de la entrada, te hace inclinar la cabeza aún más, pues cuidado, vas a pisar suelo sagrado, y la ocasión requiere la mayor solemnidad posible.

Al entrar, el cerrojo del tiempo perdura cerrado, cual candado eterno a toda una época. Abraza sellado el devenir del ajetreo, que calla tras esos muros llenos de historias. Ahora de estudiantes diversos que orgullosos miman y rezan a un Nazareno que asume su muerte en el abrazo de la Cruz.

Aquí de nuevo me quedo solo al frente del Padre, y mirándolo...

Padre, Nazareno. Se que me oyes.

¿Porque llevas la Cruz delante,
Nazareno de la Sangre?

Que se callen los sonidos de mi tierra nazarena,
que silencien los tambores y las cornetas,
que no se mueva el aire, que su rostro enseña
que un Nazareno partido, abraza un destino



y nosotros con miedo miramos su camino.

¿Por qué llevas la Cruz delante,
Nazareno de la Sangre?

Que te han obligado, carpintero experto,

a hacer tu propia cruz, para verte muerto

no puedo mirarte abrazar esa cruz

ejemplo del barroco andaluz

no quiero verte cogerla con fuerza

más mi alma rota de dolor ejerza

el destino amargo de verte

abrazarte a la bendita muerte.

¿Por qué llevas la Cruz delante,
Nazareno de la Sangre?

La Cruz que recibes, la cruz que acoges, la cruz que abrazas. Ese es el ejemplo que nos pones de frente al empezar el calvario. Te dan la cruz, y tú la recibes. Por eso llevas solemnemente ese paso elegante, bajo palio antequerano, que ni el viento te roce, Nazareno de la Sangre, que perdura la dulzura de tu rostro el devenir del día, que tus andas se funden unidas a las notas de almoganas tierras, que marcan un estilo propio de un lunes verde como verde vendrá tras de ti.

La recibes con fuerza, y con eso me quedo, que cuando me miro, cuando nos miramos, con la pena, con los agobios, con la tristeza, con la preocupación, que hemos vivido en estos dos años ..., Tú, abrazas con fuerza la Cruz y en ese abrazo, me llevas, nos llevas, y liberas el peso de nuestra cruz, por eso eres grande Nazareno de la Sangre, por eso llevas partida la cintura al coger esa, esta nuestra Cruz.

¡Porqué llevas la Cruz delante, Nazareno de la Sangre!

V.- ARROLLIDADO Y AZOTADO.

Sí, ciertamente Dimitri, no es un nombre muy antequerano. Es ruso. Ruso de nacimiento, pero no de corazón, de corazón soy moicano. Y no

es que me avergüence se ser ruso, la locura de uno no es la locura de un pueblo, es que, siendo niño, mi madre biológica, me dejó en un orfanato. Aquella mujer vivía azotada por el látigo del alcohol, hasta el punto de que ese maldito látigo, rompió la unión de una madre con sus hijos, que quizás sea la más fuerte unión posible. Estuve de aquí para allá por culpa de esa lacra, de ese látigo... maldito látigo.

Ven, vayamos volando por Antequera, vayamos hasta otro lugar; otro de tantos lugares de esta bendita tierra donde mirar a los ojos, a los ojos de la Verdad, ven acompáñame.

Silencio, guardad riguroso silencio. La escena es absolutamente desgarradora. Él está siendo brutalmente flagelado por nosotros, está arrodillado y el maldito sayón no para de propinarle golpes con ese látigo, que rompe su piel; está humillado en el suelo, por nosotros.

Pero, algo ocurre, toda esta tierra se arrodilla junto a Él.

¡Que dolor tan grande está sufriendo por nosotros!

Aun así, tirado en la tierra, no está solo, ¿Cómo va a estar solo? Lleva miles de promesas, entre capiruchos, cientos y pueblo descubierto, miles. Que Dolor más grande, que Mayor Dolor, por Dios.

Sufrirá el Mayor Dolor, pero Él, padeciendo tal ignominia, tiene la mayor paz y humildad en su mirada. Tiene algo, que, al entrar en San Sebastián, absorbe todas las oraciones. Es pasar el umbral de esa centenaria puerta, y Carvajal que se dejó llevar por las manos del Espíritu Santo, y que talló cada uno de los rasgos de Cristo flagelado, con la cara más amorosa y bella del universo, nos regaló al Señor que te recibe con la mano tendida.

Cierto, acabo de quitar la autoría al paisano Andrés de Carvajal, no lo talló Él. No, lo talló el Espíritu Santo, mirándose desde las manos de Carvajal. ¿o acaso es que hay mano humana que sea capaz de unir la humillación de un latigazo, de un azote, de un



desgarro, con la belleza sublime del Señor de la más tierna mirada?

Antequera, se transforma el Miércoles Santo, bien sabe Dios que no por los Caballeros Legionarios, que son un detalle más de la más sublime belleza de ese día; Antequera se transforma el Miércoles Santo, porque Él sale a nuestro encuentro. Como Antequera se encuentra con Él día a día, a lo largo del año.

Su belleza te lleva a lugares inhóspitos de las profundidades del alma. Por eso se transforma el Miércoles Santo. Él debe salir de noche, para no deslumbrar al Sol, que tanto corre en irse para poder mirarlo desde el reflejo de la luna. Y es que Él, ese Miércoles Santo y todos los días, luce más que el Sol.

Padre, debes estar saturado de tantas oraciones a tu alrededor, cada día, cada hora, pues esa puerta de San Sebastián, atrae cual imán al hierro, a cada corazón necesitado de ti. No es posible entrar sin más y no dejarse cautivar por tu mirada.

Los Capuces y capiruchos, negros; la cera, roja; el verde legionario, pero el color del miércoles santo, es el del esparto, ese esparto del flagelante látigo que azota su cuerpo.

Ese esparto del flagelante látigo que te azota y te hace doblar la rodilla, como caemos con el azote del paro, de las adicciones, de los vicios, del abandono, de la soledad, maldito sayón llamado droga, alcohol, que tantas rodillas hace doblar, pero miramos a Ti, Padre amoroso, y te decimos todos...

Mayor Dolor de mi tierra
mirada de puro sentimiento
que recoges nuestros pecados.
Azotado, humillado, arrodillado
para mí Tú eres perfecto.
Mayor Dolor de Antequera
de San Sebastián Faro y Guía,
ruan negro, mano extendida

Luz que alumbra mi vida.
Mayor Dolor del alma entera
chapiri y esparto de roja cera
por amor a Ti te prometiera
que descalzos alumbra
Antequera entera.

Mayor Dolor, Cristo Dios mi bien
una gubia desatada de mano
antequerana desbocada tallara
la cara de Dios hombre belleza
derramada, entregada y consumada.

Cristo Dios mi bien.
Mayor Dolor, de mi tierra y de mi alma,
de tu mano me cojo que no
quiero soltarme

tu eres mi roca, Padre del Dolor Mayor,
Que miro para arriba y me paran tus ojos

Que lo eres todo, Cristo Dios mi bien,
Cristo Mayor Dolor.

VI.- CORRE, VEN Y MIRA. DIMITRI SE ILUSIONA.

Dimitri me dijo: conocer las profundidades de mi tierra, es pubular; es un navegar de aquí para allá. A veces no hay que ir muy lejos para cambiar la perspectiva y adentrarte en otro prisma, en otro color, en otro mundo, para mirar la vida desde otro punto de vista. Ven, acompáñame y mira. Se va corriendo Dimitri, calle arriba y me lleva justo al lado. Muy cerquita, apenas a unos pocos pasos, hacia un cruce de caminos de remozada fachada, donde albergan secretos ocultos al ojo, que no acostumbra a mirar.

Y como si de un cuento se tratara...

Ahí viene, se ve de lejos, más rápido que Él, llega el rumor; que sí, le digo, que viene el Rey de Reyes, subido en un burro, en un pollino.

Que sí, vamos a ver qué pasa, que hay mucho revuelo, todo el mundo sale a ver lo que ocurre con aquella algarabía.

Por algún motivo, hay una gran fiesta,



¿qué pasará?

Corre, levanta algo para que te vea el Rey. ¿Qué cojo ahora? Una manta, una bandera, ¿qué cojo?

Corre que pasa, que no lo ves, que solo pasa una vez, venga...

¿Qué has cogido?

Lo primero que he pillado, una rama de palma, es lo más grande que he encontrado.

Arréglala, adórnala para que nos vea...

Mira, resulta que no soy el único que ha cogido una palma, todo el mundo levanta ramas de olivo y de palmas, ¿qué pasará que hay tanta alegría?

Vamos, acerquémonos todos hasta Él y veamos que congrega a tanta gente.

Entras por la puerta de esa Iglesia, y se te rompe en un crujido el alma. Es el paso del tumulto, de la algarabía, del fluir de niños, de hebreos que van y vienen, a un roto silencioso de una mirada que te recibe, de frente y por delante.

Sí, ahí está Él. Rey de Reyes, a lomos de un animal. Su mano nos bendice, nos dice que no estamos solos, y que Él ha llegado para quedarse para siempre. Este júbilo es porque, desde que Él llega, hermanos y amigos, ya no estaremos solos nunca.

Jesús, entrando triunfante en Antequera. A lomos de un pollino, con su manto sobre su cabeza, cautiva y bendice, y alienta con su presencia.

Un rayo me partió el alma al entrar en San Agustín. Él estaba recibéndome. El primero en todo siempre. En nuestro encuentro, Él toma la iniciativa y me desgarró el alma al tomar conciencia de eso.

Él, es la entrada, el acceso, el pórtico, el umbral, el atrio, la puerta de todo. Todo empieza con su cara, Él abre el camino de nuestra Semana Santa, de nuestra sangre Pollínica.

Rey de reyes, que nos das una sonrisa. Delante de ti, niños con palmas, un Domingo de Ramos que nos llena, el principio está conectado con el final, duro será este camino, pero la recompensa llegará, eso es la Esperanza.

Mil nombres te ponen, Cristo Rey. Pollínico en el corazón, paso alegre de fe por San Agustín, de los niños eres la razón. Abres la Pasión, no solo de la semana mayor, sino del futuro que ha de venir, porque el relevo está garantizado, y lo digo por convicción, porque como mis niños, cientos se germinan bajo tus pies. Y señores, con esta siembra, la cosecha será abundante. Y la tradición seguirá cogida de la mano, del ayer por el hoy y para el mañana.

Pollínicos de Antequera

Corred a sus pies

Que el Rey llega

Entre olivos y palmas.

Venid alegres, mirad su cara enamoraos todos de sus ojos de la sutileza de su mano alzada que enseña el camino de todos.

Arriba hermanacos

que ese cuerpo se venga arriba que llevas encima al Rey

a lomos campantes

por las calles triunfantes

de niños seguido y clamado

entre olivos y palmas,

Hebreos, incienso,

Campanillas y soniquetes

mostrando este camino

camino de un pueblo soñado que no se acostumbra nunca

a esperar todo un año

para cruzarse con su Rey

a lomos de una borriquita

entre susurros amados



de los que encuentran en tu cara
la entrega de mi tierra.
Corred pollinicos y antequeranos
que con Él comienza todo
y que se rompan las manillas del reloj
al salir triunfante por San Agustín
que Jesús Nazareno,
Pollinico entregado
por Antequera, venerado,
amado y rezado.
sale, como siempre a nuestro encuentro,
que nos pille de frente, y con el cuerpo
erguido.
Que todos somos pollinicos
pues todos los llevamos a Él.
Que sale triunfante, para encontrarte,
amarte, abrazarte y quererte.
Que si, que ahora sí, que sale de San
Agustín, y te brota ese grito del alma, que
no puede ser, que, si no reviento, que ¡viva
la Pollinica!

VII.- CUMPLEAÑOS DE DIMITRI. LA TARTA.

La vida en el orfanato, me dijo Dimitri; aunque era agradable, se hacía muy dura por la falta del cariño y del calor de una familia. Recuerdo el día que era mi cumpleaños, cumplía ocho años. Y cada vez veía más complicado salir del orfanato. Los más pequeños eran los primeros en salir; los padres, como se llamaban a las familias adoptivas, siempre elegían a los más pequeños. Yo con ocho años, y una hermana pequeña, lo tenía cada vez más difícil.

• *¿tienes una hermana?*

• *Sí, ella es más pequeña que yo. Una vez, llegaron unos padres que se la querían llevar a ella sola, a mí no, porque era mayor; yo tenía seis años. Por suerte, en aquella ocasión se llevaron a otro niño, casi nos separan para siempre.*

• *¿El día de tu cumpleaños, te hacían fiestas de cumpleaños en el orfanato? Le pregunté.*

• *No, aunque sabes, tengo un recuerdo muy fuerte de aquel octavo cumpleaños. Allí, yo era el único que sabía que era mi cumpleaños. Recuerdo ese día porque aquel día, fue el primer día que recé.*

Estaba muy triste, porque sabía que, con ocho años y una hermana, lo iba a tener muy complicado, para salir de allí, y tener por fin una familia. ¿sabes que es lo que pedí a Dios al rezar por primera vez?

• *Sorpréndeme. Si es que me puedes sorprender más.*

• *Pedí una tarta de cumpleaños.*

Aquel sábado, me puse de rodillas en la cama litera inferior: Junté mis manos y dije con lágrimas en los ojos.

“Señor, nunca te he rezado, he visto como lo hacen otros niños, pero nunca sabía a quién hablaban y porqué juntaban las manos. Mi amigo Ivachenkov, me lo dijo, me habló de Ti. La verdad es que no sé muy bien si creerlo o no.

Pero, bueno, hoy es mi cumpleaños, y nunca jamás lo he celebrado. Necesito saber si de verdad me escuchas, si estás ahí. Necesito saber que no estoy solo aquí. Dios, por favor, regálame, ...una tarta de cumpleaños...” pedí insistentemente mientras lloraba. Casi seguro de que nada ocurriría, y que me quedaría ahí para siempre.

• *¿Una tarta de cumpleaños? Le dije, atónito. ¿Y...?*

• *Y Él me escuchó. Cuando ya iba a levantarme de la cama, cuando ya solté toda esperanza, ocurrió el milagro. Se abrió la puerta del barracón y entró... ¡mi madre biológica!, fue la última vez que la volví a ver en toda mi vida. Con todos los cuidadores y los niños de mi orfanato, con una gran tarta roja, con sus ocho velas encendidas, me rodearon y me dijeron que pidiera un deseo y pedí, que Dios siempre me escuchara al rezar.*

Algo cambió desde entonces, Él desde aquel momento estaba junto a mí. Ya no volvería a estar solo. Rezar tomó para mí otra dimensión.



Aquel orfanato, ya no me parecía tan gris, tomó color. Hizo que la infancia no fuera perdida. No, ya nunca sería un niño perdido. No, de hecho, vente, que te voy a llevar hasta un Niño muy especial.

Entonces, al llegar allí, como todos sabréis, solo le pude decir...

VIII.- LA INFANCIA PERDIDA DE DIMITRI.

En tu cara me perdí, en tus descalzos pies me perdí, en tus ojos me perdí, como un niño, en Ti, me perdí.

Que difícil me ha resultado escribir de Ti. Cuanto he llorado, cuanto he reflexionado, cuanto me he cuestionado al escribir de Ti. Jamás me lo hubiera imaginado. Tuve que ir a verte, solo para preguntarte si realmente querías que dijese lo que mi alma repetía una y otra vez. Solo, te he visto en tu altar. Solo, con tu Cruz en la mano. Solo, mirando hacia arriba, hacia el cielo, preguntando al Padre por qué. Solo, con una mirada entre tierna de un niño y cruda por la realidad que rodea la infancia. Solo, como tantos han estado solos, me vinieron al corazón los pequeños; Julen, Gabriel, Aylan, Ana y Olivia, los niños que no llegaron ni siquiera a ver la luz del sol, los que nunca llegan, los que se han caen por el camino, los que se ahogan, los que son arrancados de la infancia por la perversidad, los que nunca llegan a ser niños, los que ahora están sufriendo la guerra y se ven en los rotos brazos de sus padres yacentes e inertes... como Tú, se han visto solos, los huérfanos por las malditas bombas que caen sin sentido del oscuro cielo de la guerra.

Solos, como te viste en la Cruz, como te viste orando en el huerto, como te viste en el desierto, ..., solos mirándote para que los recibas, pues que duro es ver que la maldad se lleva por delante la inocencia y el dolor de un niño.

El Niño Perdido, es mucho niño. Es capaz de frenar en seco a un pregonero que iba en su locura de acá para allá, saltando

de emoción en ilusión, disfrutando de las maravillas de su tierra y de su gente, preguntando a unos y otros, por matices, colores y olores, y dejarlo plantado en la cruda realidad.

Que solo estaba con la cruz en mano, ahí, tan chiquito, y que cantidad de rostros se le puede poner. Hablé con varios hermanos de Él, y todos le tienen una veneración leal e inquebrantable, es la imagen que más rostros lleva.

Cuantos nombres le ponemos a Él, cuantas caras lleva, las caras de la alegría, la de mis hijos, Manuel Pablo y Miguel María, de los hijos de mi gente, las caras de mis milagros, Andrea, Victoria, Eufemia, Álvaro, Caridad, Esperanza, Fernando ..., pero también de tantos que se perdieron por el camino, también lleva la cara del dolor sin límites, las caras de los que no pueden llegar, de los que no llegan por la naturaleza y por lo que no llegan por decisión de otros de los que su vida es contraria, el rostro de los que dejan de ser niños, por la vileza de los más ruines y despreciables que ni si quiera llamo personas, el rostro de los caídos en pozos, de los matados a sangre fría, de los ahogados en la orilla del mar, ...

Piérdete hijo mío, Piérdete Señor mío, pero no dejes de mirar y sostener esa cruz, eres solo un niño, que carga con la más pesada cruz.

Piérdete, señor mío,
pero no dejes que me pierda yo,
no dejes que se pierdan ellos
la infancia es un derecho,
Tú mismo lo viviste.

Arranca el dolor de mi alma
haz que vea con ojos de niños
que la inocencia siga de moda
que la desconfianza no gane la guerra
que todos los días sean días de juegos.

Niño Perdido, encuéntrame en tu camino,
Encuéntralos en tu camino.



IX.- EL ORFANATO ERAN NIÑOS Y ALGARABÍA.

El orfanato era un estruendo, me decía Dimi-tri, los niños desde entonces, tomaron un color diferente para mí, ya no andaba tan preocupado por salir de aquel orfanato. Me iba convirtiendo en el hermano mayor de tantos otros niños pequeños que el día que menos lo esperabas se marchaban para siempre, tan así que de muchos no llegué ni a despedirme. Solo al cruzar la mirada con ellos, sus ojos eran un gran hasta siempre.

Como me pasó a mí, que una vez que descubrí a Dios, vi el orfanato de forma diferente. Pues ven, te llevo de vuelta a otro lugar, que ahora lo vas a ver de una manera distinta, pues dependiendo de los ojos, se pueden ver cosas, aires, momentos, muy distintos...

En la Semana Santa hay un día que se llena de satisfacción, de colores y olores como el amarillo, color y olor de la palma. Ahí lo vemos arrodillado, con los brazos abiertos, mirada al cielo, manos hacia arriba, frente marchita de temor. Lo ve venir y tiene duda, mucha duda, incertidumbre, debilidad humana revestida de Espíritu Santo, postrado, hundido, preocupado pero sereno.

En su mano el Cáliz, en el que verterá su sangre. Sus brazos sostienen. De sus labios escapa un suspiro de amor entregado, sabiendo lo que le venía encima, toda la pasión. Era la hora, era la entrega final. Y ahí estaba, orando, marcándonos el camino, la oración.

Dentro del Domingo de Ramos, Jesús orando es la cautela, el respeto, la sobriedad. Postrado bajo su olivo, encuentra el camino de la salvación del mundo, como un cáliz que no va a pasar, pues la voluntad, es que el hombre debe ser salvado, y

para ello Él debía ser clavado.

Orando, el hermanaco recibe esa túnica morada de manos del que le da el relevo, ese capud blanco y su cingulo, serán desde ahora un clavo hincado en corazón enamorado de quien a la sombra de un olivo espera el destino. Pero no por ello se queda solo, sus discípulos se durmieron sin saber el final, pero este hermanaco te vela en el alma. No quedas solo Jesús, orando.

En el huerto de los olivos te encuentras postrado, de rodillas recibes la voluntad de tu padre, que no quiere sino la salvación del hombre, que tanto es el amor que te entrega al dolor, a la cruz, al madero, al clavo, y de tu mano no cae ese cáliz por mucho que seas tentado.

Camino sobrio, entre bullicio de niños, que llevas como fieles, un ejercido de rezos entre ángeles y querubines, de capuz blanco amarrado de moradas túnicas, horquillas en mano y devoción por su padre, del que no cae ese cáliz.

Ejemplo silente donde el ruido marca un sello de identidad, donde la seña es el futuro que ha de venir, donde abrir paso en el murmullo de la cotidiana vida solo se puede desde el silencio orante de un pueblo, Jesús, nos marcas la realidad, ahí, de rodillas, recibiendo como embestida la cruda verdad, se me rompe el alma al verte sereno, sobrio, elegante, amado, abandonado, sabiendo cual es el final, y aun así ver que, de tu mano, no, de tu mano no se cae este cáliz.

No estás solo, Jesús, orando. Este hermanaco, aprieta la almohadilla, con el cordel de la vida, a este anda, que reposa en el hombro. No estás solo, no dormimos, estamos en vela, apretando la vida al anda de tu amor. Llenas, elegante, el paso firme, en esta duermevela que es la vida, para junto a Ti, encontrarme, Padre, no estás solo, Jesús, orando. Este hermanaco, bajo tu sombra cobija su vida, mirando como sostiene tu mano ese cáliz, mi cáliz. No estás solo, Jesús, orando.



Pasión, orante.
Postrado y humillado
Brazos suplicantes
Y manos abiertas.

Rodillas en suelo
Mirada suplicante
Tres potencias te coronan
Jesús Orante

Blancos tus dientes
Aliento en tiniebla
Sus labios suspiran
Verde esperanza.

El pecho abierto
Muestra de amor
Orando, amando,
Mirando, velando.

Frente marchita
Porte elegante
Pero siempre orante
La noche se precipita..

Acoge Jesús orante
En tus brazos
Aunque sea un instante
Que sienta tu abrazo.

No dudes Padre
Aunque solo te veas
Tras de tí va la madre
Con pasión orante.

Jesús Orando
Antequerano huerto
Sabiéndote muerto
Postrado en tierra,
Tu tierra, mi tierra.
No estás solo, Jesús, orando.

X.- JESÚS ES UN NOMBRE DULCE.

Antequera es diferente, es una explosión de experiencias y formas diversas. Te lleva a realidades extensas, al igual que pasaba en el orfanato, te encuentras distintas realidades multiformes. Pasas del bullicio al silencio absoluto, solo subiendo una cuesta. De aquí vas para allá, encontrando un rostro donde marcar el nombre más dulce de Jesús, vayamos a Santo Domingo que vas a descubrir como al igual que la primavera se llena de colores, Antequera se llena de diferentes aromas al que sabe vivir con los ojos bien abiertos.

Dulce tu mirada, Padre. Tu pelo cae sobre los hombros recordándome tu condición de hombre. Me dejas sin palabras, tu cara reviste dolor, incluso temor, pero tus ojos, tus ojos inundan los míos, que te miran sin querer mirarte, se encuentran y los atrapas para siempre.

Vi tu cara y me quedé helado, ver como sostenías la cruz me dejó en silencio. Cuando te vi, la sensación era que se iban apagando todas las luces, poco a poco todo caía todo a tu alrededor, hasta quedar solos iluminados por tu mirada.

Dulce tu mirada, Padre. Ver tu corona de espinas, marcando tu real destino de muerte, y mirar como casi susurras la más sutil caricia a esa cruz que dará sentido a la salvación del hombre, me dejó el alma silente, no podía hablar.

Tu barrio te reza, en clima de oración, viendo cómo encaja solemne esa cruz en tu hombro. Como se percibe el tremendo peso sobre tu espinazo doblado. Es como si partiera desde el cielo esa cruz y te atravesara para clavarse en la tierra.

Dulce es tu mirada, Padre. Tus descalzados pies se aprietan en el suelo, queriendo subir la cuesta, pues la muerte no debe ser el final. La cruz que soportas, dará el sentido de tu venida. Tu mirada es piadosa, tus manos acarician, casi rozan, esa pesada aspa. Tu cuerpo se dobla, pero tu frente, tu cara mira adelante, mostrando el bello rostro del Dulce nombre, Jesús.



No puedo dejar de imaginar que pasaría por tu cabeza, al sostener aquel madero con nombre propio. Al plantarte ante la cuesta que te lleva a tu destino, un destino de muerte clavada. No puedo dejar de pensar cómo debía ser, saber que el peso que soportabas entre extremo dolor, miedo y entrega, lo cargabas para salvarnos a todos. Para que no solo hacerte hombre bastara, sino que además sufrir la más horrenda muerte, y, aun así, contemplar tu mirada y desconcertado quedar ante la más sublime dulzura de tu cara.

Dulce Nombre tienes, Jesús,
Nazareno de Cruz plateada,
tus manos sostienen entre
cielo y tierra un destino
de muerte sincera que
no por horrendo dolor tuvieras,
soportar la salvación de todos.
Jesús de Nazaret, dulce nombre,
Que marca un caminar firme
Al que te ve tus ojos asombre
Y me dejes incapaz de irme.

Dulce nombre, dulce mirada
De frente marcando un camino
A aquel que de ti dudaba
No espere diferente destino.
Dulce nombre, dulce calvario
De santo domingo fijo
aguarda en solitario
Encontrarse a sus hijos.

Silente faro guía de mi tierra
entre luces, sombras, incienso
te llevan mecida suave
entre niño y muerte
derrochando belleza eterna
murmullo callado de un

respirar contenido,
pues no se puede
desatar el nudo de la garganta
al verte sujetar con fuerza
la cruz de la verdad
dónde vas a morir clavado
y aun así llamar a esa muerte santa,
Dulce muerte, Jesús de Nazaret,
Dulce final, Jesús de Nazaret.
Dulce mirada. Dulce tu cara.
Dulce nombre, Jesús de Nazaret.

XI.- DIMITRI DIJO ADIÓS AL ORFANATO.

Cuando me fui del orfanato, sentí una mezcla de sensaciones, por un lado, por fin había una familia que nos adoptaba, por fin alguien se fijaba en aquel ruso de avanzada edad a los casi nueve años y su hermana, que decidían darnos la oportunidad de una familia. Pero, por otro lado, el que había sido mi casa, que no hogar, durante los años de la infancia se quedaba atrás para siempre.

Sentí un vacío, como si todo mi interior careciera de peso, sabiendo que el todo está fuera.

Que día fue trepidante para mí, llegó el momento tan esperado. Un volcán de miedo se agolpaba en mi interior. Me iba de mi casa de siempre, de la mano de aquellos padres, que de la mano me llevaban y que jamás había visto en mi vida, a pesar de ser desconocidos, de ellos brotaban un amor tan de verdad que para mí era desconocido.

Apretaba con fuerza la mano de mi hermana, y a la vez sentía como apretaban con fuerza mi mano, y aquello era maravilloso. Al salir por última vez por la puerta del orfanato, vivió una sensación extraña, donde siempre había estado ahora es como si se quedara vacío.

En nuestra tierra existe muchos lugares privilegiados, es por eso que, a nuestra tierra, a Antequera, yo le llame el Joyero. Alberga muchas joyas.



Entre tantos tesoros, hay una joya, en una calle que recibe el nombre de esa iglesia... ya estáis todos pensando...

Él, cayó al suelo.

Al caer, la luz se tornó pálida, como color plata. Una túnica blanca rasgada y ensangrentada, un cingulo ceñido, las dos rodillas y una mano sobre el suelo, la otra sujeta esa pesada cruz. Su cara refleja la verdad. Sus ojos, su boca, Él es verdad. Siempre aguarda el encuentro, a Él te acercas sin vacilar, sabiendo que el dolor que sufre es envolvente. Caído sin la cruz soltar.

Y se tenía que llamar Cristo del Consuelo, caído por el suelo. Caído sin la cruz soltar. No podía llamarse de otra forma. Pues al verlo caído, en tierra postrado, ves que se hace de tu condición, que más no se puede abajar. Sí con "a", que significa descender o humillarse más.

Él llegó hasta el final, el Rey eterno tirado por los suelos. Por eso cuando el Cristo caído del Consuelo, se va de la iglesia de Belén, Belén se queda vacía. Como vacío quedó el corazón del amigo Dimitri, al irse del orfanato.

Cristo caído del Consuelo. Caído sin la cruz soltar. Cristo que das aliento a tu barrio. Rey de Santiago. Rey de mi barrio, Cristo caído que soporta íntegro la cruz, que fluyes por mi tierra a sonos acompasados como nunca antes se vio a un Rey, que te haces pequeño para estar a la altura de nosotros y nosotros podamos vernos en ti.

Cristo caído del Consuelo, qué mirada, qué ojos, qué cara, qué humildad que grandeza. Cristo caído del Consuelo, Caído sin la cruz soltar, que a tantos llevas en el corazón y te miramos rezando con el alma, la más bella estampa del que con túnica blanca o púrpura, congela el aliento del que te reza, inundando un suspiro de amor, el corazón entregado del que asombrado se queda al cruzarte en su camino.

Porque Tú, caíste por mí, tu caída refleja las veces que yo he de caer, tu caída me

ayuda en las mías, no puedo ni quiero olvidarte, como caíste, pero a su vez, a pesar de esa caída, no soltaste la cruz. Qué ejemplo me das Cristo caído del Consuelo. Caído sin la cruz soltar.

Que, cuando te veo tirado, me entran ganas de sostenerte, de ayudarte, de levantarte, y justo ahí me doy cuenta de que eres Tú el que me sostiene, el que me levanta, el que me acompaña.

Por eso digo, que eres el Rey de mi barrio, que sabes darnos ejemplo, con tu belleza, con tu mirada, con tu cara, con tus manos, con tus pies en tierra postrados, por eso eres el Rey de Santiago, Cristo caído del Consuelo eres esencia del color servita.

Miro tu mano que jamás suelta esa cruz, te podrás caer, una, dos o tres veces, pero nunca sueltas esa pesada cruz. Tus rodillas ensangrentadas, tu cuerpo desfigurado de tanto sufrimiento y latigazos, su cabeza coronada, tu por el suelo caído, pero la cruz, esa cruz nunca la sueltas. Ese eres tú, Cristo caído del Consuelo, Caído sin la cruz soltar.

Servita caída de Cristo
que no caída de cruz.

Tus ojos marcan la fuerza
de saber que caer caíste hasta Tú,
ejemplo me diste para siempre
mirarte al caer como caigo,
bendito Consuelo me das mi Cristo.

Caído sin la cruz soltar.

Servita caída Consuelo
belleza sublime cerca
caricia de tierra compartes
connmigo que caigo
igual que Cristo cae
sintiendo en tu cara mi Consuelo.

Caído ejemplo, te quiero
no te sueltes de este madero
aun si al caer pierdes el suelo



la cruz para ti siempre lo primero
ese amor divino es real y verdadero

Caído mi amor a Ti te entrego
Consuelo, mi Dios entre todo de Ti
prefiero

y con todo con lo único que me quedo
Padre Caído del Consuelo, es que yo a ti
te quiero.

Caído sin la cruz saltar.

XII.- UN CARRO NECESITA DE DOS RUEDAS.

MISERI-CORDIA

Dimitri, ven conmigo, que ahora te llevo yo a mi terreno. Siempre digo que un carro necesita de dos ruedas, y además las ruedas deben ser iguales, porque si no son iguales, no andaría el carro.

En este carro una rueda se llama misere y la otra, cordia.

El pasado a la misericordia, el futuro a la confianza y el presente al amor.

Misericordia, Misere – cordia. Mismo – Co-razón.

Dimitri, déjame que aquí te hable yo. En mi vida, el corazón siempre tiene un lugar predilecto...

¿Sabes que el logotipo de Cáritas lo forman cuatro corazones?, uno de ellos mayor que el resto, ese es el de Dios Padre, los otros tres los nuestros, en medio se forma la Cruz, de Dios Hijo; la unión de los corazones y la Cruz lo crea en su sentido, el Espíritu Santo.

El servicio al pobre, es el baluarte de mi existencia y de la vuestra. Lo habéis demostrado en cada ocasión que tuve que llamar a vuestra conciencia, cuando me tocó tirar de ese pesado carro, de dos ruedas, que se llaman misere y cordie, que es la Cáritas arciprestal de mi tierra.

El mismo corazón que me dio en la cara con la verdad, mirando la pared de una UCI, con la incertidumbre de la vida en un infarto.

Un corazón, del que brotan estas locuras, que entrega, amor, sentido y fe.

No puede obviarse que mi corazón habita en la cruz de la misericordia. Estampa sublime que nos lleva al preciso instante en el que, expirado su último aliento, quedan sin consuelo su madre y en Juan evangelista, nosotros sus hijos.

La vía dolorosa, llevó al Cristo de la Misericordia hasta el monte calvario, hasta el Gólgota. Esa es la procesión espiritual a la que nos lleva esa Cruz donde clavado, nos da camino a seguir y sentido de vida. Donde cual sala de espera de un quirófano cualquiera, o frente a la fría loza que al difunto marcara, o ante el dolor perdido de la enfermedad de un hijo, tengamos nosotros un referente en este monte calvario.

A sus pies quedan ellos, quedamos nosotros, mirando nuestras manos, y sabiendo que participamos con ellas, tanto en poder bajarlo de esa cruz, como en a muerte clavarlo el aquel madero.

Él, ya muerto, marca sentido a mi gente. Un templo, que aparenta grandeza, y es que San Pedro, se queda pequeña a tan gran morador. Cristo en cruz clavado. Que nos gritas, como una primera vega, que tenemos un mismo corazón. Mismo camino, misma salvación. Tu cabeza inclinada, Padre de la Misericordia, nos muestra el desvanecimiento total. Ver tu barbilla apoyada inerte en tu pecho, nos dice que ya no queda vida en tu cuerpo, ese cuerpo que podemos mirar y que nos remueve por dentro. Si es que esos tus ojos no podemos cruzar sin que nos cautiven y nos enamoren.

Pero, Cristo mismo corazón, tus ojos están cerrados, tus parpados han caído, tu frágil cuerpo de vida ya perdida, nos dice que por mucho que dudemos, el destino ha de ser, sin duda el mismo, mismo corazón, mismo destino.

Cristo de la Misericordia. Grandeza sublime. Nos dejás como hermanos, porque a tus pies le entregas tu madre a tu hijo. Tu muerte nos hace herederos de la madre, en Juan estamos todos, y por Ti somos hermanos, hermanos con un mismo corazón, misere cordie, misericordia.



Que dura es la estampa, de verte clavado con esos tres malditos clavos, tres, igual que los destellos que brotan de tu cabeza, marcando tu divinidad en tu consumado cuerpo, dobladas las rodillas, en tensión tus brazos, tu marchito cuerpo por todos lados flagelado, ríos de roja sangre por tu cadáver derramado.

A tus pies la madre, junto a ella, Juan, en Juan tú, todos dudando, ¿cómo podía ser? ¿El que iba a venir, así debía morir?

Hay que fundar sobre las ruinas del propio yo, a ti mi Dios. Estamos con las manos vacías, no habrá acción en nuestra vida que nos consuele. Debemos apoyarnos en la misericordia del señor, si es que el Señor quiere más nuestras manos vacías que lo que hay en ellas.

El pasado a la misericordia, el futuro a la confianza y el presente al amor.

Mismo corazón de amor unido
Al hombre por redimida
Entrega a una arbórea cruz
De muerte para la vida.

Misere cordie, Cristo clavado
Flagelado, atravesado y coronado.
Erguido sobre el madero
El hombre que más quiero
Vendido por dinero
De un hijo traicionero.

Misericordia, el Cristo de San Pedro
de cerrados ojos en su cara
Clavado en madera de cedro
que Juan y María a sus pies mirara.
Señor de San Pedro, grande y fuerte
Herido y muerto
Por ti suspira un barrio

Que a fuego de amor por ti siente,
Que tu pasión vale la pena,
que por ti salvados seremos,
y las puertas abiertas del cielo nos encontraremos.

Cristo amado de mi gente
faro, guía y luz de mi barrio
San Pedro cae pequeño
a tan gran morador que presencia
divina de Cristo clavado en Cruz
no puedo, ni quiero, dejar de amarte
Cristo hijo del Consuelo,
Cristo mío de la Misericordia
de mi tierra, luz para la historia.
Padre amado de la Misericordia
danos un mismo corazón
del que brota esta historia
todo sin sentido, ni razón.
Solo Tú, mi amor, solo Tú
Misericordia, mi vida, mi amor.

XIII.- VERDE, QUE CLARO LO TENEMOS TODOS, TU ERES VERDE.

Cuando miro mi pasado, dice Dimitri, lo veo todo en colores difusos. La vergüenza que siento por lo que hice. El daño perdonado por mi familia, tras los tres años de cautiverio, hace que vea mi pasado en una policromía de colores. Los rojos de mi infancia, azules de mi entrada en Antequera, los grises de mi prisión, el turquesa de mi adolescencia, naranjas, ocres, violetas y desde que vi el árbol lleno de cintas blancas, ese recuerdo para mí siempre será verde, ohhh, el color verde. En Antequera, el verde está claro, todos coinciden, todos, sabéis donde ir para llevarte del Verde de Antequera.

Sí, si en Antequera, piensas en el color verde, te lleva de vuelta a San Zoilo. Pues el verde es el color de los estudiantes, es el color del gaudeamus, de la banda, es el color de ÉL, de un Cristo entumecido y muerto.



Que fácil me resultó escribirle al Cristo Verde, si es que aún me resuena en mi alma aquella oración del año 2014, cuando Puri, su camarera, me dejó acariciarlo.

Yace la noche oscura
se presume dolor
más un dolor de bravura
que marca un color
Verde, verde de muerte
verde derramado
que no puedo sino quererte
Cristo desgarrado
Tu aliento llega a mi tierra
Antequera mi amor
en la noche todo espera
en silencio dolor
Oscura como en la noche
ilumine tu amor
a este pueblo que te escuche
dándonos tu esplendor
Y es ese tu color verde
que mi alma desnuda
tu mirada ahí se muere
dejándome en duda
Verde, verde de muerte
verde derramado
que no puedo sino quererte
Cristo desgarrado

El más antiguo Cristo de Antequera. Ese Cristo ya muerto, frío, amoratado, verde, del que se ha escapado el aliento de la expiración.

Verde, coronado por plateras manos antequeranas, no de espinas sino de azucenas, símbolo de la belleza, de la sutileza, de la elegancia, y como no, símbolo de nuestra ciudad.

Verde, como Tu nombre te describe. La juventud arremolinada con un gaudeamus en los labios, una banda de tela de tu color, los marca no solo en ese día bendito de lunes, sino todos los días, imprimiendo en todo un carácter infalible, que impregna nuestro más profundo ser.

Ese Cristo, por tantos hermanos rezado, que nos llevas de la mano, abrazando el hoy con el mañana.

Significado vital, eres para el que te mira y te anhela. Tu vida no es perdida. Aunque la sobriedad de tu paso, hace caer los brazos en profundo pesar, al que delante de Ti se queda, en silente y meditada oración, que le lanza a este mi Cristo expirado. De verde aliento suspirado que se escapa de tu entreabierta boca. Tu cabeza cae inerte, con sobria expresión en tu rostro. De tu costado estalla en río de sangre y agua la herida de la romana lanzada, de verde significado de tu muerte.

La Cruz tensa tus músculos, que ceden a tu peso marcando cada tendón, tenso y rígido de muerte.

Te has ido, tu color lo dice, tus rodillas marcadas caen sobre el clavo que te atraviesa.

Espinada y azucenada corona, crudos clavos de acero, significadas potencias y respetuoso sudario, único equipaje que llevas en tu funesto viaje.

Tus manos sostienen la esencia de la vida, señala al rey que cae y muere, señala el cáliz que iluminado por hachones verdes te deja en las manos del Espíritu.

De un monasterio, morador de privilegio; de una co frater esencia pura eres. De un pueblo sobriedad modélica, de un sentir amados, de hijos sentidos Padre perdido, el verde de la muerte. Amargura dejas en mi boca porque de tu boca dejas escapar el último aliento; se oye a tu alrededor:



Cristo verde
verde muerte
cuerpo inerte
cruz alerte
ahí verte.
el Cristo Verde.

XIV. – CUATRO O CINCO. ¿COMO LO VEO?

Sabes una cosa, cada calle de Antequera tiene un color especial, cada barrio tiene una identidad propia, cada esquina aguarda un tesoro oculto hasta para los acostumbrados ojos que ven pero que no miran.

• *Dimitri, dime una cosa. ¿qué es lo que echas de menos de tu infancia?*

• *Vaya pregunta. Me dice.*

• *¿acaso tú no hubieses querido otra infancia? Le digo.*

• *No te equivokes, de haber tenido otra infancia, yo no sería yo, sería otro yo, pero no el que está aquí.*

Para sentir el profundo amor de mi familia, antes tuve que equivocarme, para valorar la libertad, antes tuve que perderla. Para disfrutar de esta explosión de amores, de olores, de colores, de callejuelas, de barrios, de esquinas de vida, antes tuve que ...

...Pero, aún no hemos acabado, nos queda un poco más,

¿quieres subir una cuesta, de las que quitan el aliento, que hace que llegues arriba sin aire? ¿Y conozcas de qué color es la puerta del cielo?...

Una gran cruz plateada. De cuatro siglos de historia, de cuatro cruces a su alrededor, norte, sur, este y oeste, cuatro cruces como cuatro evangelistas, cuatro cruces como cuatrocientos años.

Una gran cruz plateada, custodiada por los ángeles que custodian nuestra vida, que nos acompañan en la serena cama de una uci, de un quirófano, o en el duro asiento de un tanatorio.

Una gran cruz plateada, que se acompaña de las cruces de cada día, que brilla sobre antequerana peana, como brillan los ojos de los niños, de los que recién acaban de nacer, como quien mira con alegría de saberse vivo y amado.

Una gran cruz plateada, de cuatrocientos años de historia, a un barrio, una tierra enamorada, que, con los añejos sabores del pasado, siguen aún viviéndose actualizados, pero a su vez perdurados por el tiempo.

Cuatro siglos, atesoran esas cuatro cruces de unos hermanos que destierran los pasos del tiempo a los que gozamos miradas de ayer, en el color del hoy.

Cruz amada de Jerusalén, pórtico del cielo antequerano, de Santa María de Jesús señera, que del respetuoso silencio símbolo eres, que nos marcas el camino, emblema del ayer, con el sentido del ahora, con la mirada puesta en el mañana.

La Santa Cruz de Jerusalén, como de vista perderte, si abres el camino al que te mira, sabiendo que llevas escrito, los cuatro destinos del hombre, nacer, vivir, morir y junto al Padre permanecer, del ahora a la eternidad, misterio de fe.

Como de vista perderte, si nos marcas la ruta en la vida, el evangelio, la palabra, el pan y el amor. Santa Cruz de Jerusalén.

XV.- REY PRESO.

Que gozada es pulular como los peces del mar, por estos rincones, que te van moldeando el carácter; la personalidad, te van convirtiendo poco a poco en alguien de aquí. Sabes, subes o bajas, vas o vienes, de una identidad propia a un secreto casi oculto, de un carisma concreto a otro, vas envolviéndote en cada color y prisma y ahí tienes una visión global.

• *Dimitri, no te voy a preguntar por tus tres años de prisión, pero, ¿cómo has conseguido, tú ya sabes, corregir el motivo por el que estabas en la cárcel?*

• *No lo sé, estando allí rezaba mucho a un*



Cristo, en el que yo podía reflejarme en ese momento. Un Cristo en que me veía yo, es el Cristo de ...

• *No..., espera, vayamos a verlo, y a ver que te dice a ti...*

• *Si encerrado en prisión le rezaba a un Cristo, ¿Qué Cristo sería?*

Bajamos y bajamos, madre mía, tanto bajamos desde el Portichuelo que parecía que nos salíamos de Antequera, pero ¿dónde me llevará...?

De vuelta a aquel templo, me quedé un poco aturdido. De nuevo las yeserías tan impresionantes de aquella cúpula, parecían relucir aún más.

Nos plantamos impávidos ante la erguida imagen de quien también fue cautivo. Con un cautiverio de dolor y sufrimiento.

Su cara nos era familiar. Esa cara, esos ojos, me recordaban algo.

Ver sus manos atadas o amarradas, con tanta fuerza y virulencia a aquella picota de mármol, fijándote que a pesar del castigo que le iba a venir encima sus ojos derramaban una ternura inusual, me dejaba frío como esa columna.

Su cara me era familiar. Verlo así, con los brazos unidos por las muñecas, con aquella áspera cuerda, que tantas vueltas le daba al monolito para evitar que no se escapase, cuando su propio rostro te decía que Él aceptaba ese destino por algo que iba más allá de la comprensión humana, me dejaba helado.

Pensé en esa columna. En que quizás esa columna era la prisión de Dimitri. Pensé que esa columna podría ser las prisiones de tantos, que caen presos en tantos problemas, la adicción, la pobreza, la desesperanza, la enfermedad, la soledad, el abandono... Madre mía, que cambio, verme a mí libre, y verlo a Él atado.

Pero, su rostro, me decía algo distinto. Su mirada se dirigía hacia arriba, estaba mirando al cielo, parecía que Jesús estaba ab-

sorto en un diálogo con el Padre. Más bien parecía que hablaba de mi con el Padre.

Comprendí que justo ese momento era el cáliz del que Él dudó, y que el hombre con los años comprendería que ese calvario lo habría de pasar.

Su cuerpo, apunto de recibir los azotes y latigazos, que tanto dolor le darían hasta hacerlo caer, para tirado volverle a flagelar, estaba firme.

La ruda cuerda que ataba sus muñecas no estaba tensa, Él aceptaba eso, no llegó a forcejear por zafarse del nudo, como me pasaba a mí en ese momento, no podía zafarme del nudo que apretaba mi garganta al contemplarlo.

Sus manos, esas manos que justo unas horas antes, partían el pan y lavaban los pies, se encontraban ahora atadas, con un fuerte nudo a esa columna que tantos nombres tiene.

Su pelo derramado sobre su hombro y su espalda firme, definía la debilidad del cuerpo humano. Pero su divinidad la marcaba su rostro. Qué firme belleza, fusionada estampa a un pilar unido, que marca con sutileza el devenir de un hombre que debía sufrir el castigo, de la bofetada al azote, del azote al madero y del madero al duro acero, para desde lo alto de la cruz encontrarse con su destino.

Que rostro atado, al que iba a ser ajusticiado, por salvar al mundo, sufriendo dolor, sin escapar ni huir. Sabiendo que esa era su misión, que, en aquel señero barrio, era el ejemplo de aceptación y que había ríos de devoción a su alrededor que necesitaban acercarse a Él para, como me pasaba a mí, quedarse sin palabras y unirse cada uno a su particular columna, como firmeza y elegancia el Cristo servitas ceñido a su columna encontrar el sentido y el destino de su vida.



Columna dura
tan bella figura
Dios de ternura
Desata locura

Padre atado
Cristo azotado
Jesús amarrado
A morir llevado.

Junto a ti firme
Pétreo dolor ahogado
que te deja triste
ver hombre terminado.

Tus manos abiertas acogen cada caricia. Tus muñecas juntas te llevan a rezar. Tu mirada señala el sentido de la oración. Tus pies parecen caminar en el orden de avanzar, sabiendo asumir cada destino con el camino de la vida. Y tu cara, la cara de Dios hombre.

Cristo atado a la columna, entregas un camino de fe, a un barrio sumiso que sale a tu encuentro, deseándote ver, y poniendo en cada nudo de la sogá que atado te tiene, una flor de fe, de esperanza y de caridad.

Cristo a la columna atado, de ojos marcados de sentido y amor, que tu calvario sea el ejemplo de tantos calvarios, que como Tú miremos al Padre y que sepamos soltarnos de los amarres que la vida nos pone en cada uno. Y que los que te miran sabiendo, Padre, que antes Tú has estado atado, que has sido azotado, y que firme el suelo has pisado para entregar luz donde apagados nos encontramos. Cristo Jesús amarrado o atado a la columna, de Servitas testigo, por siempre, venerado, amado, sentido, y rezado.

XVI.- RIGUROSA MUERTE.

Al llegar a Antequera después del largo viaje desde el orfanato hasta mi hogar; mi hermana y

yo estábamos impresionados. De cero a cien nos encontramos con un vendaval de personas que nos querían sin conocernos ni saber nada de nosotros.

Esta tierra era un cúmulo lugares, de sitios, de colores, de formas, hasta de olores propios que nos hacían ver la vida desde otro punto de vista antes inimaginable.

Entonces, siguiendo a Dimitri, que íbamos de aquí para allá, recorriendo lugares que nos llevaban a sitios nuevos y a veces aun repitiendo el lugar, lo veíamos de manera diferente.

Repetimos lugares, que cada vez que visitábamos cambian radicalmente, así me pasó al volver a Santo Domingo, allí llegué y absorto me quedé ante Él.

Alargada es su figura, alzado en lo más alto de la cruz. Ensangrentado, después de toda la pasión escrita en su cuerpo, y justo antes de expirar tuvo aquella conversación con el buen ladrón, “Te aseguro que estarás hoy en el paraíso” le dijo Él.

Justo en aquel momento también fue tentado como Rey a pasar de aquel cáliz, pero de nuevo en el límite más extremo de su existencia, en el momento final, Él allí clavado de buena muerte prendado, herido de muerte en su costado atravesado, en que agonioso momento de dolor en su rostro marcado, nos marca el destino y nos dice, que aquel estará en el paraíso.

Cristo, Jesús Nazareno que por esa Cruz te llamaremos Jesucristo, que alzado a lo alto estás clavado, mostrado dolor en tu cuerpo señalado por azotes, negaciones, caídas, clavos, espinas y aun así que buena es tu muerte, que en ese momento perdonas y amas, y hasta nos dices como es en verdad tu reino, enseñándolo como ese paraíso para la inmensidad de la eternidad.

Cristo de la Buena Muerte, como pudiste aguantarlo todo. Que dura fue tu muerte, que la llamamos pasión. Porque amor más grande no cabe, que, soñado tu rostro no deja libre un suspiro, que declare la muerte como un principio del reino de un rey,



que antes de abrir las puertas del paraíso lavó los pies y perdonó a quien su piedad imploró, es por eso que tu rostro lo dice todo.

Cristo de la Buena muerte, qué fuerza se escapa de tu cara. Qué grande eres ahí clavado, y que pequeños nos vemos delante tuya. Como tu cuerpo, ya inerte, está marcado como un libro del más cruel castigo, al que no faltaron latigazos, ni martillazos para tus clavos, para dibujar un cuerpo ya muerto en esa cruz alzado.

Cristo de la muerte que llamamos buena, no por dulcificar ese calvario, sino solo porque a través de ella encontramos sentido, al destino final de quien vino a limpiar el corazón del hombre, para poder, como el buen ladrón, gozar de un reino al que le pones en ese momento la más bella estampa, del jardín del paraíso, que sin duda será algo así como esta tierra llamada Antequera.

Cristo de la Buena muerte, que serio queda tu cuerpo, clavado en esa cruz, que blanco marfil acoge ese instante en ese lienzo usado para describir esa muerte como buena, para en ese momento tan importante donde esa muerte para ser buena, no debiera ser el final.

Tu cruz despierte,
al fondo de mi alma,
dejándola en calma,
Cristo Buena Muerte.

Blanco inerte,
doblado y cruzado,
abajo tu frente,
Cristo Buena Muerte.

De la cruz en lo alto,
al hombre desconcierte,
verte de aire falto,
Cristo Buena Muerte.

El pelo recogido,

de tu cara acierte,
el dolor malherido,
Cristo Buena Muerte.

Abiertos los brazos,
espero sea fuerte,
el más dulce abrazo,
Cristo Buena Muerte.

El paraíso le diste,
y la cruz acierte,
la tierra que viniste,
Cristo Buena Muerte.

Y no ha de ser el final,
por eso llamarla buena
para el hombre fue la suerte
encontrarte y vivirte
Cristo Buena Muerte.

XVII.- EL CORAZÓN TIENE DOS VENTRÍCULOS.

Dimitri, hazme un favor. En este lugar, del pregón, seré yo el que te lleve, sabes que quedan dos.

Dos. Una moneda tiene dos caras, un corazón dos ventrículos, el que recibe la sangre y el que la envía, así me pasa a mí, mi corazón tiene dos y que dos, sabes Dimitri. El de los bravos hermanacos del que hoy me despido, y el que de mi vida entera gobierna, el que siempre me lleva de la mano cogido, con trinitario escapulario.

Sí, Dimitri, querido amigo, déjame despedirme del Nazareno, del guapo, que por un maldito infarto solo podré volver a soñar esa vega de hermanaco. Reina, amigo, hermano mayor de ese trono, vente a mi lado acompañame, y hermanacos míos del Nazareno en José Antonio, venís todos representados, es como si os subierais todos aquí...



Aprender a amar y a querer, nunca se termina de aprender. El que te quiere Nazareno, en tu cara se pierde. Porque no hay más bello rostro, que del que sujeta la cruz con cuatro manos, como los cuatro siglos que nos regalas. Para poder rezarle a un Nazareno, que rey del portichuelo, se presenta para que esta tierra, al guapo de Antequera, se agarre como el anda de tu trono, Nazareno guapo, del que suerte tuve de poder abrazarte, y en tus ojos rezar y perderme.

Que grande eres Nazareno, y que grandes tus hermanacos. Que familia de fe, unida en esa tu cruz, sujeta por estos que tanto te quieren. Que tu cara nos deja sin palabras de la mayor bella estampa, que ni de ayer ni de hoy ni mañana, escapa más belleza y sutileza, a un Nazareno que, por apellido guapo, no puedo sino retorcerme ante tu mirada, y tus ojos me nublen y tu cara me desnude el alma, al llevarte mi vida a tus pies, nazareno guapo de arriba.

Que me arranco a mí mirarte y no puedo parar de soñarte. Que duro se me hace despedirme de tus pies, Nazareno de arriba. Que de tus andas arrancarme, que tendrán que sacarme, porque ahí, al hermano que amarre en mi sitio, tantos años, tantos sueños, que con cariño te trate, que ahí se ha forjado una fe que por duro que parezca, cuando buenas son la nuevas a esa anda se amarra, y cuando se tuerce el camino de esa anda no se despega.

Al que en ese sitio amarre, dale las gracias porque si no es por este maldito infarto, de esa anda este hermanaco no se suelta, que el Nazareno de arriba de la mano me lleva caminando, entre terciopelos negros con capuces bien colocados, tantos años mimados y del cingulo decenas de nudos echados, que más guapo Nazareno de cingulo marcado de una familia del que más orgulloso no se puede, que cuatrocientos años solo es un instante ante el amor tan grande a mi Jesús Nazareno.

Simón de Cirene, no hay uno, hay muchos, que te sostienen, que te abrazan, que

te aman, que te veneran, que te rezan, que te visitan, que nos juntamos y nos peleamos a ver quién te dice el mayor piropo, que no, que no habrá nunca un solo Marruro, que no solo tocan cuatro manos tu cruz, que esa cruz es compartida, que es derramada, que es prestada, que esta cruz no se queda vacía, que la llevamos entre todos.

Verónica, pobre mujer, que ella pensó que en ese paño se reflejaría tu belleza. Qué inocencia imaginar que exista un lugar en el que tu belleza se pueda impregnar, y como si pudiera reflejarse por un instante tu cara de dulce mirada, en un paño de lienzo blanco, por Dios Nazareno guapo a reventar, que nos dejás atados a tu cara, la más bella cara jamás imaginada, a una cruz abrazada que no la llevas solo, que la llevamos entre todos, que la compartimos entre todos, que nos hace hermanos.

Tu cruz, esa cruz, yo la he puesto en tus hombros, Jesús Nazareno. He notado el peso al caer en tu cuerpo, he notado como debiste soportar aquella carga. Nazareno guapo, esa cruz debía estar hoy aquí, esa cruz que te cargamos cada día, nunca debemos perderla de vista, tenerla presente, pues no podemos dejar que quererte, ni de mirarte, ni de besarte, si no es a través de esa cruz, que hoy como no podía ser de otra manera, debe y aquí está presente.

Jesús Nazareno que aquí estoy. Que mayor agradecimiento no me cabe, que me has regalado la suerte de poder llevarte por estandarte de mi alma y baluarte de mi vida, enfundado en negro terciopelo, de cingulo nunca soltado, y capud bien amarrado, con almohadilla de esperanza compartida, entre andas de vida, con hermanos de horquilla de tantas veces subidas. Que te digo hasta luego, que, si no puedo empujarte para hasta arriba llevarte, que seas Tú el que a tu lado me lleve. Que no podré correrte, pero jamás dejar de quererte, porque Jesús Nazareno, el que en tu cara se pierde de ese momento su vida se prende en amor sorprendido, y ojalá el que en ese sitio amarre sepa que no habrá sitio más grande, de poder llevarte.



Y que por siempre y hasta el final, el lazo del amor de este simple hermanaco vestido de negro terciopelo, de cingulo anudado, y capud bien abrochado, se lacra en el corazón con amor eterno, de una gratitud impregnada con los dos brazos arriba sosteniendo esa horquilla que al subirte arriba no quería dejarte y ahora sin querer de tus andas se despide, no con un adiós que mi alma me deja cambiar de sitio, porque de amarte nunca podré Jesús Nazareno de arriba guapo.

Y aquí, termina el periplo de un hermanaco, muy orgulloso de sus 25 arribas, que con tristeza te entrega, amigo Reina, esta túnica, con un gran pesar, y en este abrazo que te doy, a todos los de ahí en ese anda, se despide el puesto 64 del listado de los bravos hermanos de Jesús Nazareno.

La llave en tu cintura
Jesús Nazareno
sacramental escultura
Jesús Nazareno
tu cara es mi locura
Jesús Nazareno
tus ojos la mayor hermosura
Jesús Nazareno
de tus hermanacos armadura
Jesús Nazareno
Simón de Cirene la Cruz asegura
Jesús Nazareno
un paño bella pintura
Jesús Nazareno
este corazón roto amargura
Jesús Nazareno
Te dice hasta luego,
y al que en ese sitio amarre,
que susurre al anda,
que no habrá nadie que más te grite,
que guapo eres, por siempre;
Jesús el Nazareno.

XVIII.- MORENO, SEÑOR DEL RESCATE.

Vacío nunca me quedo, en lo bueno y en lo malo, en la alegría y en el llanto, en la cima y en lo hondo, siempre hay un faro. Firme, erguido, descalzo, de manos atadas, coronado, los ojos fijos, sus labios marcados, entre dientes susurrando, una mirada eterna, para siempre.

Solo nunca estoy, ya sea en un duelo llorando, en un parto abrazando, en un hospital rezando, en la rutina de cada día navegando, o de gracias comiendo, de ropa poder vestir, de amigos con quien poder compartir, de hijos pululando y ruidos por oír, de trabajo acumulado, y día a día tanto vivir, solo nunca estoy.

Él, siempre; Él, eterno; Él, firme; una mano hacia el pecho y la otra hacia ti tendida, Él, descalzo, de pie gastado, Él, moreno, de semblante sosegado. Él, rescatado, aún de manos amarradas.

Un Padre, de pie esperando, hornacina visitada de promesas inundada, morada estampada de una tierra amada, que rompe el sentido del tiempo, al pasar delante alzado de morada túnica y morena planta, por todos rezado, esperado y amado.

Dimitri, es el Señor de mi vida, el Señor del Rescate, para mí lo es todo, ¿qué me puedes decirme tu de Él que no yo no sepa?

Pues sí creo que pueda darte otro punto de vista, a ver tú que me enseñas de Él después, una vez mi amiga Rocío Pérez me dijo, cuando le pregunté sobre Señor del Rescate, ella me decía:

¿Por qué te quiero tanto Rescate?

Encuentro la paz al mirarte y el perdón en tu sangre, la cura en tus manos y el perdón de mis pecados.

¿por qué te quiero tanto Moreno?

Padre nuestro que, aunque estando en los ciegos, bajas el Martes Santo para encontrarte con la fe de tu pueblo.



Dime, ¿qué es esto que siento? Cuando te veo andar sobre hombros dolorientos, túnica morada al viento, suspiros de la noche de ese bendito momento.

Pero cuando más te quiero es cuando estás en el sagrario y tomo tu cuerpo. Bendita sea tu sangre, porque ahí en ese momento comprendo el porqué te quiero.

Fe se llama mi amor y yo por ti Rescate Muero.

No veas Dimitri como me quedo, ciertamente una de las cosas que más me sorprende ver, es como se puede compartir la fe.

Como dice la canción, él sentido de la vida, ..., ¿cuál es?, ... ¿cuál es?, ... ¿cuál es? ...el sentido de la vida es ... la Fe.

Y eso es el Señor del Rescate, la Fe. Al estar delante de Él, la fe es compartida, la fe nos une, somos tantos los que nos unimos a su amor, es el faro firme que nos ata con los lazos del alma y del corazón.

Sus doloridas por sostenernos manos atadas, sus gastados y besados pies descalzos que tan fuertemente pisan el suelo de mi tierra, su sangrante frente con espinas de dolor coronada, su púrpura túnica abrochada con escapulario trinitario de roja sobre azul cruz señalada, su tez morena identidad propia para un barrio para un pueblo, sus labios entreabiertos del que el amor exhalado se lanza en plegarias de velas, y después de tanta belleza está su mirada.

Mirada de amor, que confunde las manillas del reloj que se paran al cruzarte con tu mirada, esos tus ojos morenos, que me llevan de la mano, en los momentos de pesados dolores, con la incertidumbre de la vida, así como su presencia eterna me acompaña en cada momento, en cada esquina, en cada lápida, en cada cama del hospital, en cada lugar de los corazones de quienes van y vienen, no solo en tu besapié o en tu procesión, sino día a día, mantillas, promesas, hermanacos, capiruchos, mace-

ros, y desde la acera los que con cirios te esperan, como faro eterno de pueblo guía, que nos unes, a todo un pueblo, bajo la simple y eterna mirada, de mi padre el Señor del Rescate.

¿Quién eres tú, Señor del Rescate?, ¿y porque te quiero tanto?

Porque me llevas de la mano al ver la cara de mi hijo al nacer, porque me sostienes al notar un cable entrando en mi corazón para darle solución, porque me regalas una toga para ganarme el pan de cada día que tanto te pido, porque me unes a la familia con la compañera que no me merezco, porque mis padres me miran con los ojos del orgullo, siendo yo el que los mira con los ojos de la gratitud, porque me das los mejores amigos para sostener la vida, si es que somos afortunados, Padre por habernos elegidos como tus hijos.

Qué cantidad de momentos, hemos vivido bajo tus pies, hemos derramado sangre, para compartirla con los que la necesitan, hemos llorado juntos, hemos rezado, te hemos vitoreado, te hemos besado, vivimos centrados en tus ojos.

No sé cómo vivir sin ti. Eres tan importante como el aire que respiro, como el agua que bebemos, lo eres todo Rescate.

Veo tus ojos por todos lados, en los pobres, en los niños, en las lápidas del cementerio, en las medallitas de las abuelas, en los suspiros al cielo. Eres el Señor de mi vida, eres la fe compartida, eres el pulso de mi alma. Lo eres todo, Rescate.

Señor, que erguido estás, paciente y silente tu mirada padre, que paso elegante entregas a tu gente, entre sonidos de velas y promesas cumplidas, que en su día en tus manos se depositaron con esperanza, al abrigo de compartir luces en el día de la cera que derrama la verdad de un pueblo.

Rescate, mi Rescate, mi Señor, mi Moreno de la Cruz Blanca, mi guía, mi faro, mi aliento y sustento, lo eres todo. Unes las luces del pasado, con el color del presen-



te, y el brillo del futuro. Como lloré a tus pies al llevarte a Manuel Pablo, y tres años después a Miguel María, como he visto a tantas personas llorarte al acercarse hasta tus pies.

Eres de todo un pueblo, que, así como Tú eres, en silencio te alumbran, te rezan, te besan, te suspiran, y entre la multitud de fe derramada, nos unes, nos haces uno, alrededor de tu mirada, serena y silente. No se puede aguantar tanta fe, tanta entrega y tanto amor a un moreno Padre del Rescate entregado por más de tres siglos a una Antequera, que, si primero fue Antakira, ahora contigo, será la Antequera del Señor del Rescate.

Aun me sigue brotando aquella duda, esa duda, que los que me conocéis siempre me digo...

¿Quién eres Tú, Señor del Rescate? Y
¿porqué te quiero tanto?

Padre, Moreno.
Elegante, te quiero.
Besarte, espero.
Tus manos, desatar.
La frente, te sangra.
Descalzo me miras.

Padre, Moreno
mi corazón entrego
al morado eterno
sublime estampa
enamorado tu hijo

Rojo sobre azul
lanzada en pecho
roja la sangre
azul el agua
roja la carne
azul el cielo
bordado en terciopelo

el escapulario trinitario.

Padre, Moreno
vida entera
hijos descados
quirófano en camilla
ojos serenos
mano tendida
sangrada frente
espinas coronadas
mirada entregada.

Rescate de mi amor
que más quererte no puedo
que se me parte el alma al verte
amarrado del cuello a las manos
y de tu sangrante frente doliente
a mi Señor de fe derramada
el fervor de mi tierra a tus pies volcada.
Que se me rompa la garganta
al decirte que te quiero, que eres mi Padre
siempre a mi vera, en lo bueno y en lo malo.

El Señor de mi tierra, mi Padre moreno,
el de la túnica morada,
el que dio vista a los ciegos
el que anduvo sobre el agua
nuestro Padre Jesús Nazareno,

Rescate de mi alma, Moreno de mi vida,
Rey de la Cruz Blanca, amor de Antequera,

Que se me rompa la garganta de tanto
amarte y rezarte.
Que ya no puedo más, amor más grande
tenerte.

¿Pero quién eres Tú, por Dios? ¿Por qué
te quiero tanto?



XIX.- MADRE VELADA.

• *Dimitri, sabes una cosa, este pulular de aquí a allá, de subir y bajar, de altos caminos, de bellas estampas, de grandes encuentros, de diversos colores, de olores señeros y luces sin fin, hay una pregunta que te tengo que hacer, cuando salimos del tren y fuimos a tu casa después de ver el árbol copado con las cintas blancas, me dijiste que nos dimos de bruces con la muerte.*

Yo me quedé fuera, perdona mi atrevimiento, ¿qué pasó?

Él me dijo:

• *Como a tantas personas le ha pasado, esta pandemia, los ha partido para siempre.*

Cuando llegamos a mi casa, ahí estaba mi familia, mi padre y mis hermanos, pero faltaba la más importante...

MI MADRE.

Ante tanto dolor, como me pasó a mí, con mi Vita, le dije:

• *Amigo, no hay manera de poder consolarte, tan solo, si quieres te puedo llevar a donde yo voy cuando necesito respuestas, a un lugar al que voy cuando la cuesta es demasiado pronunciada y necesito respirar aire fresco, descubrir la vida. Dimitri, si quieres déjame que te lleve a lo más alto de sierra morena, donde habita la Virgen Morenita y pequeñita, mi Virgen de la Cabeza, allí tú mismo preguntas y Ella te da la respuesta.*

Llegamos hasta el trinitario camarín de la Virgen de la Cabeza, y allí cara a cara, en un pequeño Camarín al mirar la azulada cúpula que la corona, te recuerda cuan cerca del cielo te encuentras, en su mano un madroño, sentada estampa por ráfaga rodeada, de sencilla mirada, la Virgencita más venerada, de mi alma dueña, tanto le pedí y tanto me enseñó, tanto amor me regala, que malagueño de la palma hermano me hizo, y entregó a su familia en hermandad.

Allí Dimitri le preguntó por su madre, y la Morenita, le dio respuesta.

Virgen de la Cabeza, ¿y mi madre?

La Virgen de la Cabeza nos dijo: mira a tu tierra, y ve buscándola en Ella, pero para poder verla debes mirar más allá de lo que tus ojos te enseñan, ¿o no es así que encontrarás la Esperanza?

¿No la ves?, que es la madre **sin lágrimas en la cara**, que sale elegante el domingo, de verde manto, entre palmas y olivos, retuerce las esquinas de antequeranas calles, entre niños y algarabía, pasa firme por triunfal camino, que una madre cierra Esperanza marcada a su hijo prendido.

Consolación del afligido, el domingo camina, entre sones musicales, hermanacos entregados y niños alterados.

Sin lágrimas en la cara, Esperanza madre por todos pretendida, entre nervios y pasión te encuentras con su verde esperanza, que ella bella estampa en su trono elevada, con palmas triunfales de una tierra de ti enamorada.

Madre dulce mirada, sin lágrimas en tu cara, me dejas en silencio, esperando que pueda cruzar tu mirada, esperanza qué tienes que me robas el alma, y la mimas con consolada dulzura, entregándola a tu hijo con ejemplo de amor y ternura, sin lágrimas en tu cara.

Qué paso por Lucena elevada, mecida y suspirada, como empuja la fuerza por tu amor, esa calle abarrotada, de un domingo soñado, de vida esperanzada, buscando tu cara, entre el verde del olivo y el amarillo de la palma, entre sonidos de amor y dulzura de esperanza. Como luces al salir de San Agustín, entre soniquetes señalados, de niños enredados entre palmas y olivos, y en Ella encontré la Esperanza, Esperanza me dijo, a Belén has de mirar, y los Dolores encontrarás.

Reina de Santiago, dueña de Dolor entera, Virgen luto negro de plateado escapulario, que antequerano trono te eleva, en peana y tunga de espárragos encontrada, cada jueves por tu vega llevada, bendiciendo la tierra y de ella sus frutos, que elegante eres Dolores, que te quiero, que te quieren, que



tienes en esa tu cara que enamoras en cada mirada. Que encoges el corazón al pasar la citarilla de quienes saben que la bendición llevas de la coronada madre de los Dolores venerada, pasa firme su camino sin descanso, que los ángeles te llevan entre varaes antequeranos, que tu pecho como el mío partido tienes, por un puñal clavado, de tu gente orgullo eres, que te miman y te aman como madre amada.

Dolores de mi jueves, de mi barrio reina, como nadie te cantan desde la citarilla saeta de fe de mi hermano más admirado, que más elegante no se puede, que fiel testigo de un estilo llamado antequerano eres, que si el tiempo se para en tu cara que no te roce ni el aire, que todo belleza eres, o acaso al salir de tu iglesia, levantada eres susurrante y por todos esperada, del trono admirado de la tierra soñada, que grande eres Dolores coronada, que luto dolor a tu pecho atraviesa, que nos aprietas en el alma al ver tu dolorida mirada, que grande eres madre de los Dolores Coronada, en ti me vi y su Dolor encontré. Mi Dolores Coronada a San Sebastián me mandó para reconocer el **Mayor Dolor**.

Si es que no se puede contener más Dolor en una mirada, al ver a tu hijo humillado y tan cruelmente castigado. Que tus manos en el pecho se encuentran mirando el mayor dolor jamás imaginado. Que semblante tienes madre que no puedo de dejar de mirarte, y en el alma escucharte como sufres verlo ahí delante flagelado y arrodillado. Que manos abiertas sobre tu pecho, acogen ese puñal, el mayor dolor jamás pensado será la señal, del valiente camino por ti escogido, al Ángel que de ti pedía el sí más duro que tu alma siente. Que finura en tu rostro enmarca, con esa frente y esa cara, esos ojos y esa boca que dulzura al que te reza le deja, saliendo por esa puerta la más pequeña para la más grande, que sigue adelante al camino del hijo, este año te rezamos por Lucena elegante, qué paso más sutil es el encontrarte, en esas luces humeantes que en la plaza nos dejaste, tú la madre que corazón acoge el mayor dolor con la mayor belleza que flotas sobre

el aire, apareciendo tras el humo brillante en el encuentro soñado, despejando el alma de dolor entre miles de hermanos que unimos las miradas a la más bella estampa de un miércoles soñado jamás imaginado a la madre del dolor más grande, que en ti me quedo al mirar tu belleza que no puedo esconderme de tanto amor derramado a tu mirada que arrastra al cielo para allí encontrara un consuelo, Madre del Mayor Dolor en ti me vi y su Mayor Dolor encontré, y a San Pedro me mandó para descubrir **Consuelo**.

Cuando el jueves se convierte en luz en el cielo de la tarde, cuando el sol está en lo alto cálido y radiante, San Pedro se convierte en Consuelo, rodeada de súplicas y agradecimientos, oraciones y rezos, a veces llenos de amor y otros, llenos de dolor insoportable. Miro tus ojos, llenos de ese amor que trasmites como si los siglos no pasarán por tu mirar, los que todos los ojos quieren ver. Ese Consuelo que hace sentir, que grandeza de una madre que sus brazos abre y en su alma consueta. Que repliquen las campanas, que volteen a solemnidad, que la señora del barrio ya saliendo esta. Que se abran las puertas que entren los rayos del sol, que quieren rozar su rostro para ver su resplandor, que canten saetas a tu pasar, que lluevan pétalos de rosas para su trono rozar, que griten vítores, pues Tú, Señora, en mi tierra estás. Si es que a los cofrades nos llaman locos y es infinita nuestra locura, por ver más allá de lo que vemos, por oír más de lo que podemos y por sentir más de lo que queremos, Consuelo reina de San Pedro, que, dentro de esta infinita locura, vemos sonreír a Sagradas Imágenes, que derraman una gran hermosura, te he visto sonreír Consuelo, que llevas a tu lado ángeles de la guarda, a nuestro ángel, el abuelo Miguel, personas que en la tierra hacían mucha falta, aunque tú te lo llevaste al cielo, para acogerlo en el reino de Dios, ese lugar lleno de amor fraterno, que sé que está ahí arriba velando, amando y rezando, y disfrutando de estos regalos hecho niños.

Madre del Consuelo en ti me vi y Consuelo encontré, y al Carmen me mandó para descubrir el sentido de la **Soledad**.



Ella va al final, se queda sola, la última, delante lo lleva todo, desde un domingo de ramos hasta Ella, toda la fe concentrada. Y Ella, queda sola. Y su hijo yacente delante en duelo constante. Y Ella, Soledad el nombre de la más bella presencia, que rota su frente más crudeza no se puede sostener en el rostro más bello del que oscurece al pasar cada instante. Y ella queda sola, pues Soledad es su nombre, arrancado de sus brazos su hijo es llevado al sepulcro, delante en oscuridad y silencio, mirada suplicante a la madre orante, que más ya no se puede, después de por la cruz pasado, dolor sostenido que se escapa el suspiro de un barrio elegante, a la madre con la corona en sus manos y en su alma los clavos hincados, qué paso de madre en antequerano trono llevado, de la cara más bella a la más dulce mirada, y ahí Soledad parece que se queda sola, pero miras y a ellos los ves, hermanacos virtuosos bien dirigidos te llevan caminantes, de elegante mecida al compás de un rosario peregrino por tu barrio, y tu paso firme no por menos inquietante la madre de la Soledad que rostro más bello no cabe, en esa mirada rota por el máximo dolor ya reventada, que muerto lo lleva y sola se queda. Qué mirada, qué cara, qué porte, madre de la Soledad, que sola queda, en Ti me vi y Soledad encontré, y a San Zoilo me mandó para descubrir el sentido de la Cruz.

Y a la **Vera Cruz** llegué, y la madre de inclinada cabeza, sutil belleza encuentra respuesta en la cruz, de la que no se suelta. Que guapa la madre de los estudiantes, remozado trono lleva de camino distinguido, fino y delicado, pasar por calles de fe inundadas, estilo propio marca ese pasar por calles que cofrades serán por ese su caminar. Duranes es solo pincelada de exquisito paso. Que salida más sufrida no se puede, y ahí su barrio espera verla subir, que subir no parece de lento el instante de verla aupada para todos venerarte a ti la madre de la cruz abrazada, por un instante que vuela en ese lunes santo de verde cruzado y dulzura volcada. Que paso sereno tienes por

tu tierra madre que de la cruz no te sueltas, que el camino nos marcas con tus ojos y tu mirada, sostenida lagrime por tu cara derramada, la madre de todos entregada, al camino de tu marcha que una banda te toque y todos nos fundamos en delirios de sueños de la Virgen más fina de dulce mirada y señora entera de una tierra que se entrega al verde soniquete de una marcha que se sueña cada día y el lunes santo se devuelve a la madre de inclinada cabeza y mirada suplicante, que de la cruz no se suelta, de tus labios un susurro escapa, al que contigo encuentra el sentido del camino, que por destino una cruz encuentra de la que no se separa, pues tu eres ella, la de la Vera Cruz, que nunca se suelta.

Madre de la Vera Cruz, el destino en ti me vi, y a Santo Domingo me mandó para descubrir el sentido de la **Paz**.

Emperatriz elegante, de rostro cambiante que en el trono tanto nos dices. Se quiten los varaes de palio, que verte puedan los que prendados se quedan por mirar a la madre de todos mostrada. Llena la calle explota la mirada cruzada por un instante de la más bella lágrima por tu cara derramada. Que tu frente se hunde en el pecho, dolor insufrible la Virgen de la Paz coronada, que sostiene el momento al que te reza por tu calle llevada y por tu cuesta subida, mecida y dormida. Por Dios, se quiten los varaes de tu palio, que verte puedan que tu belleza se queda impregnada en la mirada de tu pueblo. Emperatriz de la tierra y del orbe entero, estrecha se queda la calle cuando sales, si es que no hay palabras que definan lo que entregas en cada paso en tu camino por tu vega, de antaño recuperado tu mirada salta entre almas el sentido de la fe. Al mirarte virgen suplicante de lágrimas en tus inundados ojos por más que buscados siempre encontrados a la madre de la Paz que silencia el tumulto y los ruidos internos en el silencio sosegado. Que se quiten los varaes de tu palio, que verte pueda que no te tape ni el humo de tus velas, que de ti Paz espero, y que encuentro más en tu mirada de lo que imaginarme puedo, si es



que esos ojos no encierran más dulzura ni sosiego, así eres tú mi Virgen de la Paz por tu pueblo coronada.

Madre de la Paz, el destino en Ti me vi, y arriba me mandaste para descubrir el sentido del Socorro.

Grandeza hecha madre, **Socorro** que quieres, que me retuerzo al verte el más bello porte de la Madre que todos imploran, la reina que arriba corona la tierra de mis sueños. El Portichuelo se cae al abrirse las puertas y salir su madre. Socorro Coronada en tus manos entregadas cada lágrima, recogidas en las oraciones que de tu ventana asoma el sentido de la fe. Que el viernes santo se abre y se escapa por la puerta del cielo, el fervor rociado de la Virgen esperada desde arriba bajando al encuentro de su pueblo, de cada mirada soñada y suspiro lanzado, de besos en el aire que recoge en su regazo, que pequeño se hace su trono ante la grandeza de la señora, más por humilde y sencilla madre, origen y principio del camino. Socorro coronada, de todos soñada en la calle entrega el cómplice suspiro por todos recogido, para en la dura vega aupada, encontrada y llevada con su hijo se encuentre la verdad del destino. Tu cara dueña de la mirada que silencio al que contigo se cruza. Que tienes Socorro que no me dejas pregonar a mi tierra que embobado me dejas mirándote ensimismado y en tus manos encomiendo el tesoro que tengo y a tu recaudo te encargo. Si es que de mi tierra madre eres, por guapa y elegante, que sencilla madre encuentro socorro en tu regazo pido. Virgen del Socorro Coronada, mándamela por Piedad.

Hay mi Piedad, mi **Piedad** Trinitaria.

Y ahí está el más bello y sincero primer sagrario que acogió al hijo del Padre. La madre de los ojos verdes, la más guapa del mundo entero, la madre del Cristo verdadero. No puedo aguantar tanta belleza en su rostro mimado con esmero, que manos abiertas abrazan al mundo entero. Ahí está saliendo por la iglesia, a un barrio cantando piedad trinitaria azucena antequerana, que mecido su palio acompasa el camino de la fe, con la Piedad más guapa. La madre preciosa, apuesta, hermosa, linda y bonita

de ojos verdes y dulce carita que me derrites al verte, que ni la brizna del aire te roce que los pétalos que te tiran sean plegarias que se vuelcan en tu cara como arrancados los piropos del que contempla el rostro de la belleza infinita de la madre de los verdes ojos majestuosos de brillo incontrolado. Qué guapa eres madre, qué paso tienes al doblar esa esquina que más nadie cabe, esas saetas cantadas se clavan en tu mirada, y esas promesas lanzadas piedad encuentran en tu cara respuesta de amor derramado a un pueblo que te reza y te canta, y se lleva por respuesta la carita más bella jamás soñada de la virgen de los ojos verdes de dulce mirada, de rostro marcado en tribuna mostrado, y Lucena rezado, encuentra un hijo maniatado y coronado una madre de piedad antequerana de ojos verdes y cara enamorada que retuerce en su alma al que en tí se pierde, Virgen de la Piedad trinitaria de Antequera madre tu eres.

Dimitri, amigo, aquí está la Madre, tu madre, siempre estará a la Vera de la Cruz, enfundada en su Esperanza y Consolación, para darnos ese Socorro en el Mayor Dolor, regalándonos la Paz de esta dolorosa Soledad, siendo el Consuelo en los Dolores de la muerte y todo siempre desde la Piedad.

Del camino de los Remedios, pasando por el Rosario, Rocío y hasta las faldas del Carmen.

Muchas miradas, hasta macarenas y mo-renitas, para una sola cara, su cara, la Madre.

XX. – LA MUERTE NO ES EL FINAL.

Y no. Queridos todos y Dimitri. Empecé todo con la muerte, pero este no es el final. Pues tras las lágrimas de la Madre hay luz, la luz que va a iluminar el mundo, la luz blanca y reluciente del que vuelve a la vida, del que rompe el velo del templo.

Tras el roto silencio y oscuro paso del cuerpo Yacente, se cierra expectante hasta ese domingo, donde todo tu pueblo te lleva entre alegrías y emoción, con un paso elegante, rescatado de antiguo, bien llevado, bien portado, hermanacos cansados que,



tras toda una semana de amor, estallan en un aleluya por unas calles llenas de sonrisa y satisfacción, de guiones engalanados de elegantes hermanos, que unidos caminan el recorrido de la fe, desde un domingo hasta otro, descubriendo el verdadero sentido de la fe, el que venció a la muerte, el que volvió a la luz, el que resucita y glorioso abre el camino de vida, dando sentido a todo. Resucita y vence, limpia y vuelve. No hay dolor, ni quedará rastro del sufrimiento. El llena todo de luz, donde había oscuridad, quedó la luz.

Antequera, se une en una mañana donde nos felicitamos, nos alegramos, explota la alegría porque la vida vence a la muerte, porque nos llenamos de la VERDAD en mayúscula, que es el paso de la vida a la muerte, este Cristo Resucitado que nos enseña cómo vivir con la alegría de la Victoria.

Todos, nos unimos bajo la clara y brillante, felicidad del Resucitado, Cristo ya resucitado, nos da todo el sentido a esta semana santa, que vamos a disfrutar, y que vamos a disfrutar como nunca después de tanto sufrimiento, y de tanta angustia, poniendo nuestra vida en sus manos. En sus Victoriosas manos.

Y atrás quedarán los pétalos lanzados, los negros brocados, la cera derramada, las lágrimas vertidas, las saetas cantadas, los videntes clamados, las vegas subidas, encierros marcados, las túnicas guardadas, y esos grandes traslados, viacrucis y oraciones...

Porque Dimitri, amigo, ¿sabes qué transmite una imagen sagrada?

Las bellas imágenes religiosas, titulares de nuestras cofradías o presentes en nuestros retablos, son dignas obras de arte, pero que no se te olvide que se crearon para conmover el sentimiento de fe en ellas; y ese empuje nos deben de llevar a Dios, nuestro Señor, si no, no estamos hablando de fe.

Fe.

El sentido de la vida.

Es fe que vivo en cualquier traslado de nuestros sagrados titulares. ¿Quién no ha

podido estar o participar en uno de ellos, aquí en este cofrade público? El que no haya estado, que busque cómo estar la próxima vez. Llevar a una imagen de su camarín o altar, hasta el trono, es recorrer la vida misma. Es recoger el testigo de nuestras familias, quienes nos llevaron a sus pies, nada más nacer...

Poder sentir el crujir de la antigua madera, es saber que estás en el sitio de los fundadores, de los que continuaron, de los que están y de los que estarán. Poder tener la suerte de abrazarlos es recordar los buenos y malos momentos de la vida: desde que acudes a ellos para darle gracias, para pedirles o para, simplemente, mirar sus rostros...

El regalo del traslado de una imagen es dejar encendida la llama de la fe de quienes nos legaron la sagrada imagen; es poder agradecer lo que sentimos al llevar nuestra cruz; es ofrecer el relevo a la pequeña criatura que nos observa en ese momento.

Cuando llevas a una imagen en traslado, no hablas, no sonríes, no piensas... sientes la fe sobre ella. Y cuando sabes lo que es portar una cruz, no te fijas en si es un santo, una santa, un Cristo o una Virgen... eres consciente de que esa imagen te lleva a Dios... y nada más, pero nada menos.

Y ya, si encima, tienes la suerte de llevar sobre tus hombros nada más que al Cuerpo de Cristo, sientes la Fe hecha culmen en la Resurrección. Yo lloro cuando veo a mi Virgen, a mi Santa y a su Cristo... Pero yo siento cuando porto el Corpus Christi que es como un camino a la otra vida, la de la Resurrección y volver a acariciar lo que más querías, pero ya no lo ves, pero lo sientes, como la Fe.

Porque Él, siempre está ahí. El sagrario es un resquicio del cielo en la tierra, es la primicia de la plenitud divina, la vida eterna, es el cuerpo glorioso, es el cuerpo real de un Cristo, que humildemente se hace presente tras la invocación del sacerdote, atiende siempre la llamada y se hace presente en el Pan de vida, para hacerse uno contigo.

Si, esos niños, te lanzan pétalos, a ti, que



estás por siempre presente, en cada sagra-
rio, en cada eucaristía. Si el sentido de la
vida es la fe, el sentido de la fe, eres tú.

¿Quién eres tú, Jesús, y por qué te quiero
tanto?

Un pregón, un camino, una historia, la
intimidad de un loco, que se derrama por
un pueblo, Antequera mi amor.

Y va llegando la hora de volver tras más
de tres años, a oler ese aroma ardiente del
incienso tostado bajo manos de jóvenes
acólitos que inundan las calles del olor de
la fe.

Y llega el momento de oír campanillas
redoblar, murmullo infantil entre olivos y
palmas, escuchar oraciones arrancadas de
la garganta bajo el flamenco quejío de una
saeta.

Y llega el tiempo donde la piel se eriza,
y los ojos se empañan al sentir ese arriba
seguido con la mirada y el alma, donde
los palios bailan alegres cobijando nuestro
mayor tesoro. El aliento se para, ante esa
esquina que en su día quedó desierta, y hoy
volvemos a llenar de esperanza y fe.

Y va llegando el instante donde tenien-
do abrazado a un hijo, entre tus brazos, se
emocione al ver ese paso elegante de un
pueblo que renace y vuelve a ser uno solo
bajo sus pies.

Ya está todo listo, la plata limpia, la cera
colocada, las flores pensadas, las túnicas
entregadas, las mantillas listas, los niños
nerviosos, los músicos preparados, las al-
mohadillas localizadas, los guantes com-
prados, los candelabros brillantes, la cera
rellenada, las horquillas pintadas, la ilusión
intacta y nosotros los cofrades, los cofrades
ya estamos entregados a nuestra fe, a nues-
tra tradición y a nuestra tierra.

Y volverán los trinos de las golondrinas,
el olor del azahar más limpio y puro, en-
volviendo cada callejuela de una milenaria
tierra; pulularán los corazones entre bam-
balinas y varales, arribas y mecidas que
dormirán la sed de elegancia; serán días de
abrazos de intensas miradas, de cera derra-
mada y orgullosas mantillas, volverán a su-

bir al cielo el humeante incienso abrazando
un Angelote caprichoso entre el Torcal y la
Vega, con la Peña de testigo, de que esas
horquillas que resuenan en ese suelo que
pisarán, soportan la dulce mirada del Na-
zareno que da sentido a todo.

Y volverán entre lágrimas en los ojos, las
miradas cómplices de amor, de pecho des-
armado y mirada perdida, se abrirán víto-
res de paz y alegría, de amarillos palmas y
verdes olivos.

Y volverá entre lágrimas en los ojos, ese
verde de mi tierra, con la rotura del cerro-
jo del tiempo, siempre elegante y sobrio,
envuelto entre azucenas y lirios.

Y volverá entre lágrimas en los ojos, el
rojo sobre azul, rojo sangre, azul cielo, en-
tre saetas y cirios, mantillas y cornetas, so-
nidos y olores, rojos, morados y azules.

Y volverán entre lágrimas en los ojos, el
negro ruan por esparto abrazado, sumido
en sueño humeante del incienso quemado
a un pueblo entregado.

Y volverán entre lágrimas en los ojos, el
rojo colorao de aromas derrochados de se-
pias entregados a la tierra ansiosa de vivirte
entre bambalinas caprichosas.

Y volverá entre lágrimas en los ojos, el
negro luto, sobrio y elegante, frente a la
plata escapularia señera y bandera de un
barrio entregado y amado.

Y volverá entre lágrimas en los ojos, los
colores de la inocencia, de la muerte y de la
elegancia. sumido entre morados, blancos,
y azules derramados.

Y volverá entre lágrimas en los ojos, el ca-
mino a seguir, de arriba caerá sobre el azul
del cielo, la oración que no baja sino que
sube como el aroma del incienso.

Y volverá entre lágrimas en los ojos, un
ocre carmelita sobrio y lúgubre, oscuro y
elegante, el luto más guardado, el sepulcro
más besado.

Y volverán entre lágrimas en los ojos,
querubines despistados a secar esos lloros
derramados, de esperanza consolada, a la
madre a la vera de la cruz abrazada, por la



piedad de sus verdes ojos, o el aguante al mayor dolor rezado, al consuelo más esperado a los dolores de un barrio entregado, por la paz amada del socorro coronado, y volver a sentir la soledad rezada.

Todo volverá.

Como Cristo, de la pasión resucitará, en-vuelto entre luces y aromas, se renovará el amor, renovarán los abrazos, los besos, el sentido de la vida, la verdad florecerá porque para volver, todo se deberá perder, y el encuentro será de verdad.

Y es por ti mi tierra
que llorosos los ojos dejé
de solo soñarte en mi alma
afortunado de ver la luz
de mi tierra antequerana.

Celosa está la alcazaba
de ver girar al angelote
pululando azaroso
entre torcal y vega
entre peña enamorada y espadañas
barrocas andaluzas.

Iglesias por doquier
campanas risueñas
que señalan un querer
de una gente de carismas
entrecruzados de caminos
andaluces por nacer.

Viera, Menga, Romeral
Dólmenes desde antiguo
que marcan nuestro estilo
y junto al tornillo
de la caliza del Torcal,

ese océano emergido de roca
que nos fragua la sonrisa
del orgullo de tener el sitio
mágico del capricho divino
al paisaje formar.

Antequera de mi amor,
cuna de grandes poetas,
pintores y artistas,
alacena de la fe malagueña
testigo amoroso de la
antigua, perdurada y conservada,
religión cofrade estilo y seña
de un propio ser de identidad marcada
andaluza y antequerana.

Que se callen los grillos
al pasar por San Juan, que el patrón
aguarda y entrega
entre aguas y salud
a mi tierra su Señor.

Una madre entregada,
Remedios de mi amor,
por cien años coronada
Patrona de corazón,
Madre venerada, entre camarín
y plateado templete

tu gente te espera, suspirando
un beso que tu cara recibiere.

Y no hay dos sin tres,
y siendo la tercera
fue la primera, que Antequera
protegiera, pues el Infante y Dios



eligiera a Santa Eufemia nuestra patrona.

Santa princesa de la Palma
que tus leones a tus pies rezaran
y tus manos a las del Padre nos lleven.

Patrona de lo bueno acompañas
y en lo malo nos sostienes.

Que celosa queda la Puerta de Estepa,
al ver a la Puerta de Granada guñar
a la peña enamorada.

Que viaje fuera, y me faltas, Antequera,
que mi gente es mía,

que te escucho nombrar, y mi pecho se
sale

amándote mi tierra, que de lo mejor que
tenemos ni son las iglesias, ni el Torcal, ni
el mollete,

ni el efebo, ni sus calles, ni sus plazas, ni su
sol, que lo mejor que tenemos, eres tú mi
capital, todo en todos, mi gente, mi tierra
y Antequera mi ciudad.

NO HAY PRINCIPIO NI FINAL

NO HAY ORDEN NADA ES IGUAL

TODO SE ROMPE, TODO FLUYE,
NADA SIGUE

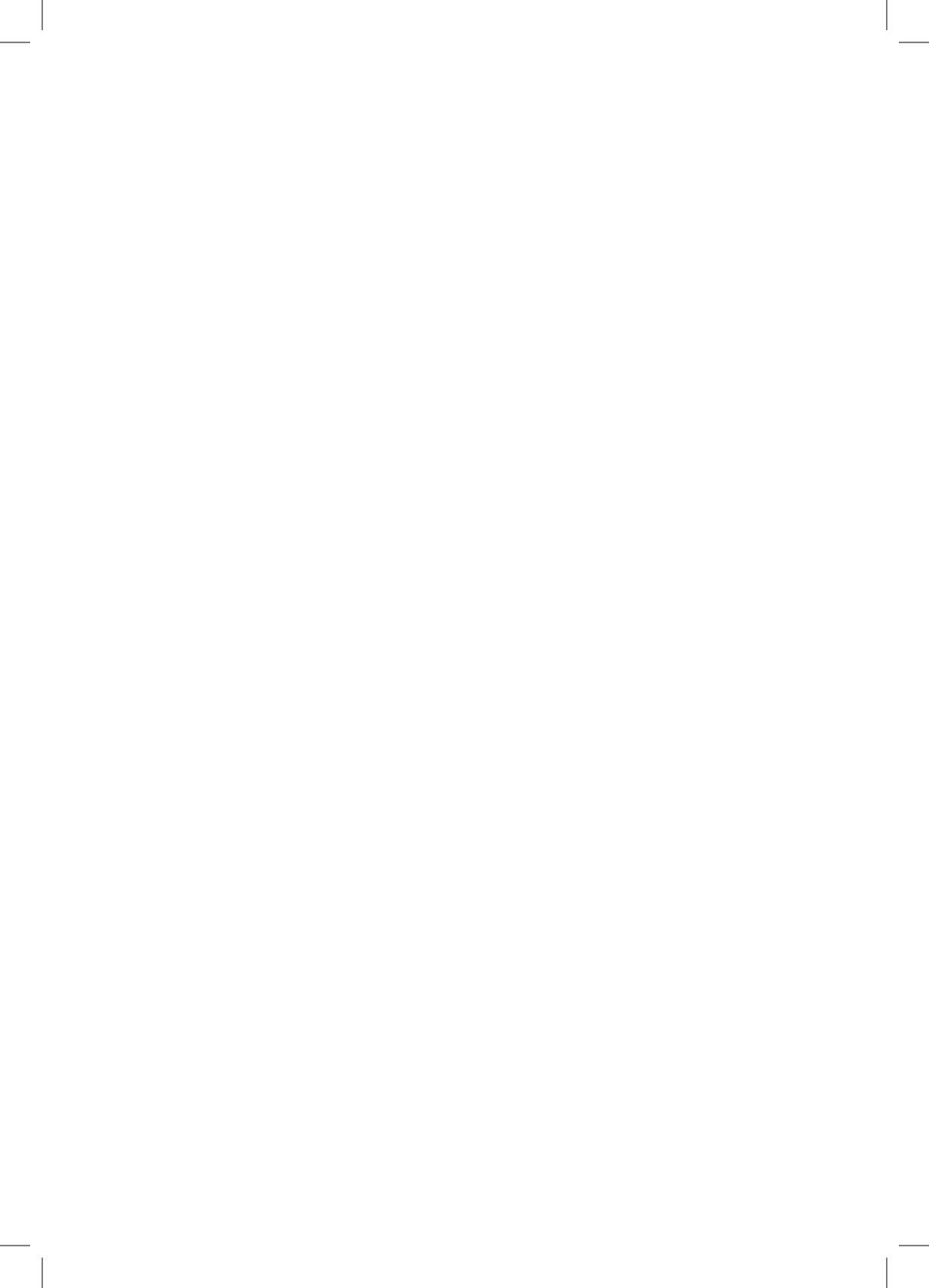
TU LO EMPIEZAS TU LO ACABAS

NO HAY HOY NO HAY MAÑANA

NO HAY ORDEN SOLO VIDA

TU VIDA, LA VIDA.







Ayuntamiento
de Antequera



50003 Coop. ANTIALLIZA AGRICULTURAS
"NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS"



Unicaja Banco



www.agrupaciondecofradiasdeantequera.org
✉ agrupacioncofradiasantequera@gmail.com
🐦 @Agrup_Antequera

ANTEQUERA
2022